

UNA LATINOAMERICANA FORMA DE MORIR

Juan Sasturain, Paco Ignacio Taibo II, Sergio Ramírez,
Lorenzo Lunar Cardedo, Eduardo Antonio Parra,
Mario Mendoza, Kike Ferrari, Julia Rodríguez,
Eduardo Monteverde, Rodolfo Pérez Valero,
Rebeca Murga, Bernardo Fernández BEF.

© Juan Sasturain, Paco Ignacio Taibo II, Sergio Ramírez, Lorenzo Lunar Cardedo, Eduardo Antonio Parra, Mario Mendoza, Kike Ferrari, Julia Rodríguez, Eduardo Monteverde, Rodolfo Pérez Valero, Rebeca Murga, Bernardo Fernández BEF.

Diciembre 2016

www.rosalux.org.mx
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Óscar de Pablo y Alicia Rodríguez.
Diagramación y diseño de portada: Daniela Campero.

Notas

I

El genial novelista Phillip José Farmer, se preguntaba en su adolescencia: “¿Puede la imaginación actuar perpendicularmente a los hechos? ¿Puede ser una cometa que vuela hasta que la tierra con su sabiduría de paraguas la dobla y aleja de la vista?” Puede.

El neopolicíaco no se ha escapado en América Latina del realismo, lo ha reventado. O reinventado, al gusto. Bajo la presión tremenda en muchos de nuestros países del crimen de Estado, del delito de guante blanco que condena a una nación a buscar la comida en los tambos de basura, de las presencias del horror invadiendo la vida cotidiana, ante los riesgos de que el post boom desembocara en una literatura basada en el culto a la palabra, los narradores de historia descubrieron en los viejos artificios de la literatura de género una posibilidad de volver a contar historias.

II

Empezar una antología con “no son todos los que están ni están todos los que son” pone a los antologadores (Paloma Saiz y un servidor) supuestamente a salvo de injusticias y odios. No es el caso y nadie nos salvará de los pecados. Sirva de disculpa que esta primera recolección

del *noir* hispanoamericano se ha hecho a toda velocidad con los cuentos que varios autores y amigos enviaron durante cinco años a La Brigada Para Leer en Libertad y los archivos de los premios de la Semana Negra de Gijón. Si fuéramos mínimamente justos, estarían también en estas páginas el brasileño Rubem Fonseca, los argentinos Guillermo Saccomanno, Raúl Argemí, Rolo Díez y Myriam Laurini, Guillermo Orsi, Leo Oyola y Ernesto Mallo, Gabriela Cebazón, los cubanos Leonardo Padura y Daniel Chavarría, los mexicanos Juan Hernández Luna, Francisco Haghenbeck, Rogelio Guedea, el guatemalteco Dante Liano, el uruguayo Hiber Conteris, el chileno Luis Sepúlveda, el peruano Alonso Cueto, los colombianos Laura Restrepo, Santiago Gamboa, Nahum Mont, Jorge Franco Ramos y quizá así estaríamos haciendo una mínima justicia al fenómeno del neopolicíaco latinoamericano. Queda en manos de Casa de las Américas producir esta antología mayor que incluya no sólo a estos autores, sino que sume historias para dar una vaga idea de los diferentes tonos que varios narradores han usado. Con los límites mencionados, pero con excelente material a mano, de esa colección de folders con manuscritos y archivos electrónicos surge esta antología.

III

Ante la imposibilidad de acceder por la desprestigiada puerta grande y bajo la influencia de los tiempos, la literatura social se refugió en la novela negra. No era la única vez en que en tiempos de sano travestismo un proceso como ése se producía, así había sucedido con

la ciencia ficción de los 60 que oculta en los estantes traseros de las librerías clandestinamente se había apoderado del espacio volviendo a preguntarse por el lugar del conflicto, la mentira, la doble moral y la utopía en nuestras sociedades.

A una inmensa distancia de la novela policial enigma, la tradicional, desde la mitad de los años 70 ha surgido en América Latina una potente corriente en torno a eso que se ha dado en llamar el neopolicíaco, la novela negra. Marcada por una fuerte carga política, repleta de experimentaciones literarias, ecléctica y desconcertante, ha ganado en nuestros países centenares de miles de lectores, quizá porque ante una realidad distorsionada por el ruido mediático que no proporciona profundidad, los fenómenos de la violencia, la ruptura de las tradicionales fronteras entre la ley y el crimen, ofrece una mezcla de más allá a lo periodístico, lo sociológico, lo interpretativo; quizá porque explora el 90% oculto bajo el *iceberg*, quizá porque ofrece de una quijotesca manera reparación de agravios y a veces, no siempre, luz al final del túnel.

Una inmensa amalgama ecléctica recorre esta antología. Sigue la sabia propuesta de Manolo Vázquez Montalbán cuando decía que si algún sentido tiene hacer literatura de género es llevarla a los límites y violentarla.

IV

Una brevísima nota para identificar la nacionalidad de los autores.

Juan Sasturain es el reconocidísimo fundador del neopolicíaco argentino, una docena de novelas policíacas desde *Manual de perdedores* y *La arena en los zapatos* lo testifican.

Paco Ignacio Taibo II es el autor de esta nota, mexicano, y tiene publicadas además de libros de historia, 16 novelas policíacas.

Sergio Ramírez nicaragüense no necesita mayor presentación. Es uno de los intelectuales latinoamericanos más reconocidos, que frecuentemente se asoma al neopolicíaco.

Lorenzo Lunar Cardedo, cubano, quizá la más áspera de las voces que está surgiendo en Cuba en torno a la novela negra.

Eduardo Antonio Parra, mexicano, un narrador de muchos rostros, que es muy popular en México por sus colecciones de cuentos negros.

Mario Mendoza es uno de los autores más populares de Colombia, desde *Satanás* ha compartido con algunos colegas el género que parecía negarse en su país natal, a pesar de que violencia cotidiana había de volverse el centro de su vida diaria.

Enrique –Kike– Ferrari es una de las nuevas voces del potente movimiento de la nueva narrativa negra argentina. Su novela *Que de lejos parecen moscas* sorprendió a más de uno de los habituales del género. En Casa de las Américas había publicado previamente *Lo que no fue, Ese nombre*, relato ganador de la Semana Negra en 2010 nos coloca ante un diálogo imposible entre los fantasmas de Rodolfo Walsh y el Che.

Julia Rodríguez, mexicana, es autora de la novela *¿Quién desapareció al comandante Hall?* y cultiva el género en la frontera de lo negro y la parodia.

Eduardo Monteverde, mexicano, es un el más arriesgado experimentador de la literatura negra dentro del género. Es autor de libros de divulgación de la ciencia, poemarios y tres novelas policiacas, a lo que se suma la más interesante crónica de hechos criminales en el México del inicio del siglo, "Lo peor del horror" que ganó el premio internacional Rodolfo Walsh de testimonio en la Semana Negra de Gijón.

Rodolfo Pérez Valero, cubano, es el narrador que más veces ha ganado o llegado a las finales del concurso de relatos de la Semana Negra de Gijón, sus cuentos se movían en la lógica limítrofe entre el negro y la literatura enigma, un año nos sorprendió con un relato escrito en el mexicano de la selva chiapaneca.

Rebeca Murga escribe desde Santa Clara, Cuba, y cuando uno la conoce no parece posible que sus historias sean tan ásperas. En 2004 ganó el concurso de relatos de la Semana Negra.

Ramón Díaz Eterovic, es la voz indiscutible de la novela policiaca chilena. "Desde Ángeles y Solitarios" en 1995 Las novelas de Heredia han dominado el panorama.

La antología cierra con un cuento de Bernardo Fernández (BEF), uno de los jóvenes narradores mexicanos más sólidos; resulta una historia policiacamente atípica, pero muy en el estilo de BEF que ha venido cruzando literaturas de género incidiendo en la fantasía, la ciencia ficción y el negro.

CON TINTA SANGRE

(BOLERO)

Juan Sasturain

“la escribiré con sangre con tinta sangre del corazón”

(Julio Jaramillo: Nuestro juramento)

En el recuerdo es más fuerte o cercano el sonido del mar, el Caribe se mueve en la oscuridad, es algo vivo, un gran animal echado que murmura y se agita en sueños más allá del malecón o a los pies de la terraza del club donde ella dice:

—Piensa que no es el mismo mar, chico. En New Orleans o aquí...

—No es lo mismo — porfías. — Eso pasa solamente en los mapas.

—No entiendo los mapas.

—Son una cosa grande, celeste, con excepciones...

En el recuerdo ella ríe y brillan sus dientes en la penumbra, pues no hay tantas luces como ahora: Santa Bárbara está más oscura y vacía en la memoria, hay rachas de olores violentos a pantano, las estrellas son bajas, el espacio abierto desparrama las voces y la música, que se dejan llevar de un lado a otro de la isla.

En el recuerdo los uniformes blanquean cada noche a lo largo de la ruta costera todavía de pedregullo; te escapabas, se escapaban de a dos o de a tres cada noche, agitados, de la base, con tres dólares reunidos entre todos para la complicidad de la guardia y poco más. Y cuando recuerdas, todo está más lejos. Era largo este camino que se escurre ahora bajo las ruedas: casi cinco kilómetros entre risotadas y empujones, andando por el malecón hasta el Guayaba Club, la penúltima luz de la costa antes del faro de Santa Bárbara, el resplandor rojo contra la noche tropical.

En el recuerdo también está más fresca la noche, las noches sucesivas que evocas como una sola. Desde el interior del automóvil puedes volver a sentir la brisa antigua contra tu nuca húmeda y rapada de soldado, mientras aparcas en el raleado cercado de palmeras y hay demasiado lugar para un viernes, aunque debe de ser temprano. Los horarios de Santa Bárbara han cambiado en tantos años. Los tuyos también, y no sólo eso.

Pisas la grava, la reconoces. Pero deberías escuchar una música que antes sentías brotar del edificio como la respiración, el latido unánime de una esponja, y no la oyes aún. Te detienes bajo el resplandor opaco del neón que pone Guayaba en rojo, parpadea Club en amarillo. Un cartel ofrece atracciones desconocidas, exagera como antes, pero estas mentiras te interesan menos.

—Buenos días, mi sargento... —saludas ritualmente.

El colorido portero que aún se está abrochando la chaqueta es... ven y otro:

— Buenas noches, señor — te corrige formal, sin sonreír.

No tiene por qué saber que el saludo era una fórmula, una contraseña trivial para hacer la noche más joven, la fiesta interminable.

Entras como a una iglesia. La mujer gorda y demasiado pintada recoge el abrigo en el guardarropa, apenas si levanta los pesados párpados. Te entrega una ficha nacarada que reconoces, y por el número bajo y gastado sabes que eres de los primeros clientes de la noche. Adentro, nada que no sea olvidable ha cambiado, pero la sala parece semivacía, más pequeña. Acaso porque ni siquiera está todo preparado para recibir a los habitantes de la noche. Pero el olor es igual. Tal vez alguna de las sillas que esperan todavía, invertidas sobre las mesas, tiene las patas más flojas y acaso en el pequeño escenario donde alguien se prodiga con cables y micrófonos hacen menos espacio, saturado como está por una batería de demasiados parches, parlantes grandes como armarios. Piensas que el sonido de todo eso debe de ser muy fuerte ahora, diferente de aquella intimidación, ese susurro: «No hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo...», decía la voz, y luego entraba ella, Almita, el *spot* la buscaba y aparecía por allí. Movía apenas el extremo cortinado y se deslizaba como por un tobogán suave dentro de su propia voz hasta quedar en el centro de la luz, diciendo, prometiendo rencor, esperando ternura con letras de bolero. No cantaba: las palabras se caían apenas de su boca, resbalaban mentón, cuello abajo, la acariciaban chorreando el cuerpo nuevo y sabio que se

hamacaba sólo lo necesario. En tu recuerdo, el ritmo que lo sostiene vibra con un escobilleo sobre el parche más tenso, la caricia a contrapelo a un gato electrizado, se sostiene en el goteo espaciado de las tumbadoras y fluye en esa maraca rumorosa que gira apenas en las manos de Almita, que la apoya en su pecho, hace susurrar las semillitas rojas y verdes, la limadura del vidrio que imaginas en el interior. Y recuerdas, y la piel se te afloja aún hoy, como si fuera papel húmedo que el sol va secando; «Es que no te has dado cuenta de lo mucho que me cuesta ser tu amigo...».

Y allí, como caminando en puntas de dedos sobre el teclado, entraban los acordes bajos, separados como suspiros, que ponía Johnny Spinoza para que ella respirase, todos respiran...

– Caballero...

Te han sacado del recuerdo con voz profunda y grave, inolvidable. Te das vuelta y está él. No ha cambiado demasiado. Los mulatos envejecen raro; y los gordos. El Milpalmeras ocupa más lugar que antes tras la barra. Está ahí, el busto de un emperador romano en los pasillos del Louvre, y te mira como si tuvieras la cara un poco más adelante, no llega hasta ti. Es la clásica mirada de barman, rasgo de oficio.

– No hay nadie – dices casi sin pensar.

– Es temprano – interpreta él, y se ocupa clásicamente de limpiar copas limpias, te da la espalda un momento.

– Es muy tarde – murmuraras.

No te ha oído. Te encaramas en el último taburete, lejos de él y de la caja, y lo miras deslizarse por el estrecho entre la barra y las filas de botellas como en una trinchera, como un estuche que le queda cada vez más justo, un bolo oscuro y blando que se mueve por la corredera. Se acerca. Ha cambiado la vieja camisa estampada que le dio el apodo por un esmoquin morado que hace años que no puede abotonar.

— Caballero... — recomienza.

— Whisky doble, Milpalmeras.

— Bien.

No te ha reconocido. Mientras descorcha el Old Black, te miras en el espejo entre botellas semillenas. El bigote espeso y oscuro, el cabello ralo y largo, las gruesas y apesadas gafas te han convertido en otro hombre.

Te sirve una medida generosa, acierta y no pone hielo.

— Cómo anda todo — dices casualmente, como si ayer no fuera hace veinte años.

— Bien... Y tú cómo.

No sabe quién eres, pero te tutea.

— Mal, pero acostumbrado.

— Eso está muy bien — dice, pero no aprueba.

No sonrías, y crees recordar que sonreías. Crees recordar. Pero no quiere.

— No me reconoces, Milpalmeras... — Y te expones a la luz cenital como un pez de acuario.

Notas cierto brillo contenido en los ojos, pero agita la cabeza.

— En el setenta, cuando levantaron la base... — Buscas bajo el vidrio del mostrador, entre las fotografías que registran la desordenada historia del Guayaba Club. Hay una masa ruidosa de soldados, mujeres y botellas. Son demasiados.

— Uno de estos, seguro...

— Tú estás aquí, chico...

— Ahá... — Y te empinas el whisky con decisión impostada. — Solíamos venir todas las noches cuando cantaba Almita Vázquez.

Y se la señalas como a un niño, en el retrato coloreado que muestra antiguas piernas junto a galanes de bigotito recortado y combos de blusa floreada y mangas anchas.

— Almita, claro... — asiente el Milpalmeras, y desvía la mirada hacia el escenario, a tus espaldas. — Esa chica es buena, sabes...

Ni siquiera te vuelves, la miras por el espejo. Ante dos o tres mesas ocupadas, una rubia muy joven comienza a decir *The man I love* con los hombros desnudos y las manos perdidas en el piano. La escuchas hasta que llega el estribillo, frasea prolijo.

— No como Almita — dices, y adelantas el vaso.

— Claro.

Te sirve y deja la botella cerca, a mano. La barra está vacía.

— ¿Cómo te llamas tú? — se atreve.

Lo miras a los ojos:

— Cártter... Bill Cártter.

Asiente, pero no te recuerda. Demuestras voluntad de ser preciso:

– Yo era amigo de Bradley, de Bradley Ortiz...

– Bradley... – Se ilumina, apenas por primera vez.

– De él sí que me acuerdo, chico. ¿Qué ha sido de él? ¿Lo ves tú?

– Lo veo, a veces...

– Eras varios de New Orleans, creo recordar...

– Sí.

Te empinas el whisky otra vez y no llegas al fondo, pero llegarás.

Se hace un silencio breve luego del último acorde del piano y la rubia se dobla en una reverencia excesiva para juntar del suelo los pocos aplausos que le han tirado. Desvías la mirada en el espejo y te encuentras con las piernas de Almita.

– Bradley está enamorado de ella, Milpalmeras.

El mulato no te cree. Por primera vez ha cambiado la mirada y ya no mira delante de ti, sino detrás, dos centímetros detrás de tus cejas.

– Bradley era un pendejo, chico... – sentencia.

– Tuvo su momento, pero Almita le quedaba grande. Grande de vida, de edad. No era mujer para él.

– Tampoco para Johnny Spinoza.

– Tampoco – confirma, y se arrepiente de inmediato. Para nadie entonces, ¿eh? Tal vez para nadie...

– Esa noche...

– ¿Estabas tú? – te interrumpe.

– Llegué con Bradley y me fui temprano. Nos embarcamos para Maracaibo en la mañana y él juraba que no se iría sin ella. Estaba dispuesto a todo, y el viejo Johnny no podía ser un obstáculo para él...

—Almita era la mujer de Johnny, chico... Y Johnny era mi amigo, mi padre casi. —La pesada mano del barman te cae sobre el hombro como el peso de una confesión. Está hablando de algo de lo que no suele hablar, y quiere que lo sepas. —Él me trajo aquí de lavacopas, y mírame ahora... ¿Sabes que se murió en mis brazos, ese loco?

—Bradley me ha contado... ¿Dónde fue?

El mulato te indica el último reservado, casi al fondo, junto a los servicios. Te levantas del taburete y una curiosidad morbosa te lleva hasta allí. Cuando te das cuenta, el Milpalmeras está a tu lado, señala el suelo junto a tu pie, a un costado del asiento.

—Mira. Ahí están todavía las manchas. —Y te muestra los borrones oscuros, sombras en la madera.

—Sangre.

—Tinta... Tinta, chico. Eso era lo que Johnny quería decir al menos. El mulato comienza a caminar hacia la barra agitando la cabeza, y no sabes si sonrío, llora o simplemente se balancea como un oso escéptico y memorioso.

Cuando te vuelves a acordar tienes otro doble servido y el Milpalmeras empieza su propio vaso.

—Tenía imaginación, Johnny. Sabía inventar...

—No es imaginativo morir.

—La tenía, te digo, chico... Para retener a una mujer como esa, Johnny peleaba con ingenio, sabía ganársela. Tenía sesenta años cuando encontró a Almita, ya había sido muy famoso, sabes... Tocó con Cugat, grabó con Manzanero al principio; era un artista. El club se lo montó con un dinero que cobró de los gringos de la CBS:

más de cien boleros compuso Johnny, oye... Lucho Gatica, Prieto, Los Panchos, todos lo grababan. Hoy no se escuchan casi, con la moda de la salsa y todo eso... Pero ganó mucho dinero, chico... Claro que nada alcanzaba con ella.

Te parece descubrir algo nuevo en la voz de Milpalmeras, pero es apenas un quiebre, una astilladura en el sólido cristal.

—Bradley creyó esa noche que ella quería o podía irse con él —dices como si temieras apagar una vela al hablar.

—Ella... Ella estaba muy pasada, sabes... —Y el barman carga una ilusoria, generosa dosis de cocaína en el dorso de la mano, esnifa y parpadea. —No le alcanzaba el dinero de él y necesitaba otras fuentes, otros hombres, otros recursos, sabes. Todos estaban locos por ella y Johnny lo sabía. Cada vez que ella lo chantajeaba con dejarlo, usaba la imaginación. Yo lo he visto todo aquí: una vez compuso el bolero *Lágrimas de hielo* y se lo regaló brindando con un whisky doble como el tuyo con dos cubitos... Mientras ella lo bebía le dijo: «¿Sientes el sabor amargo? Son mis lágrimas, nena... Las he derramado y conservado heladas para ti, ingrata». Ella se quedó dos años más.

El Milpalmeras se emociona y tú sientes el whisky curiosamente más amargo también, quién sabe de qué lágrimas.

—Y cuando se iba a ir con un petrolero, le hizo otra canción: *Gilda en mi corazón*, y le trajo de regalo, de una subasta de Hollywood, los guantes que usaba Rita Ha-

yworth en la película... Bah, no sé si serán los verdaderos, pero el petrolero se volvió solo a Dallas.

—Y Bradley se volvió solo a New Orleans... —le insinúas trayéndolo a la noche que te interesa. Es como si estuvieras amaestrando a un lobo, a una serpiente distraída que no acostumbra hacer lo que esperan de ella.

—Tu amigo no aceptó las reglas, chico. Por una mujer como Almita había que pagar, perder algo, sabes... Y ella lo puso a prueba.

—Lo sé; una semana antes le pidió la medalla que el chico llevaba al cuello para hacerse un pendiente de oro. Una prueba de amor, decía.

Él dudó... Estás explicando y es como si la duda de hace veinte años estuviera todavía allí, servida en la barra, para beberla como una cicuta.

—Era una medalla de su madre y dijo que le pidiera cualquier cosa. ¿Y sabes qué le dijo ella, Milpalmeras? Le dijo que había quien era capaz de arrancarse los dientes de oro para complacerla...

El barman te mira y entrecierra los ojos, toma distancia de ti, apoya en un puño:

—¿Qué quieres decir, Cárter?

—Cuéntame esa noche, Milpalmeras... Siempre me he ido demasiado temprano a dormir y me pierdo las mejores historias. Me las cuentan mal y tarde al otro día.

—Es muy raro, chico... Cuando Johnny la vio llegar con el pendiente, esa noche, pensó que la perdía y se jugó todo.

—El pendiente...

—Así, pequeñito... —indicó Milpalmeras como si calculara una medida escasa pero de un licor valioso.

— Johnny sabía quién era Bradley y se fue derecho a su mesa, al reservado aquél que te digo, mientras ella cantaba; y estaba dispuesto a impresionarlo. Le habló sin rodeos, le contó lo de los boleros, y en un momento dado empuñó un estilete y se hizo un tajo en la muñeca, un buen tajo, sabes... Sacó la pluma y ahí nomás, sobre una servilleta de papel, comenzó a escribir mojando en su propia sangre: «Éste será mi mejor bolero...», decía. El chico estaba asustado, sabes... Hasta que en mitad de la canción, el Johnny hace un gesto desesperado, agarra el estilete y hace como que se lo clava en el vientre y cae de costado... Ahí mismo.

— ¿Y se mató, Milpalmeras? Eso es demasiado bolero para mí...

El mulato enarca las cejas, hace la pausa final y vuelve a llenar los vasos sin una palabra. El piano ha vuelto a sonar, va creciendo un contrabajo y sus palabras serán para ti como la letra de una canción absurda que no tiene todavía melodía:

— No era lo convenido, Cártter... Lo habíamos arreglado así: él asustaba al chico lastimándose un poquito, yo lo espantaba y hasta tenía preparado el diálogo final para impresionar a Almita cuando llegara hasta él: «¿Qué es esto?, sangre. No..., tinta, mi amor».

No puedes sonreír. El Milpalmeras no quiere tampoco; es un narrador especial, dotado para ser grotesco como tú, que no lo sabes aún.

— Cuando me agacho junto a él, con ella a un lado y el estilete que sobresale de la camisa, me doy cuenta de que algo falló, chico...

Sin embargo, Johnny alcanza a representar el diálogo preparado, sabes. Ella lo abraza; él, de pronto, abre mucho los ojos y queda muerto ahí en un charco de sangre... Cuando me doy la vuelta, tu amigo había desaparecido... Es todo; nunca más volvió por aquí.

Te quedas rígido. No puedes decir nada.

— ¿Él te ha contado otra versión, chico... Mira, con el tiempo sucede que las marcas que dejan estas cosas en la juventud...

— Soy Bradley.

— Hay que pagar por todo, la vida se cobra y..

— Soy Bradley — repites, y te quitas las gafas como si te desnudaras.

— Lo sé.

El Milpalmeras ha cambiado por tercera vez en la noche de mirada. Ahora te mira al centro de las pupilas, ni más allá ni más acá.

— Lo sé desde el momento en que llegaste... ¿Qué quieres?

— No sé bien. — Y es cierto que no sabes ni bien ni mal. — Pero creo que en estos años me he hecho con otra versión de esa muerte, Milpalmeras. Tal vez alguien lo ayudó en el último momento con el cuchillo cuando estaba en el suelo...

— ¿Piensas en ella... ?

— No. En ella no.

En el rostro no se le mueve un músculo cuando te dice:

— ¿Por qué lo habría de hacer, Bradley?

— Tal vez por ella: todos estábamos locos por ella, Milpalmeras, tú mismo me lo dijiste.

Comienza a sonreír.

— Eso es cierto... — dice. — Muy locos deberíamos de estar para hacer esas cosas. Demasiados boleros, ¿no crees?

La sonrisa se convierte paulatinamente en una risa franca, histérica, que le descubre por primera vez la boca.

— Demasiados boleros... — repite.

Pero no oyes lo que dice. Te has quedado mirando, hipnotizado, esa boca que recordabas brillante en la sonrisa de oro, que ahora es un oscuro hueco junto a otro, devastada por violencias de amor y de extraña locura: faltan dos, tres dientes de oro allí.

— ¿Cómo pudiste, Milpalmeras...? — balbuceas.

No piensa contestarte a eso. No piensa hablar más. No deberías ahora preguntarle por ella.

Te señalará el guardarropa, te aconsejará que pierdas el abrigo, que no vuelvas a mirar a los despojos de mujer que no quisiste reconocer al llegar.

Han apagado repentinamente casi todas las luces y en el Guayaba Club, como hace veinte años, el *spot* busca a alguien en la oscuridad.

*(Premio del Concurso Internacional de
Relato Policiaco de la Semana Negra 1990)*

SI DE CASUALIDAD VES AL ENANO...

Paco Ignacio Taibo II

1

Cuando viste al enano en el aeropuerto, te pareció un personaje entrañable, con el encanto pinche y la delicadeza de las muñecas de porcelana. Tuviste que hacer un esfuerzo para recordar que te habían dicho que era un tremendo hijoeputa y reverendo hijo de la chingada.

La verdad es que no lo parecía, con su fino bigote, su cara aniñada, su traje gris eléctrico azuloso, sus botas negras de tacón cubano.

El enano fumaba sentado encima de su maletón verde.

Te miró, y te obligó a hundir la nariz en el periódico arrugado que habías leído una docena de veces.

En las afueras del aeropuerto de Asturias estaba lloviendo, adentro sin embargo hacía un calor bochornoso, pleno de humedades.

El enano saltó de su maleta, dio un par de pasos bailarines, llegó hasta ti y tirando de la pernera del pantalón para obligarte a mirarlo, preguntó:

—¿Usted es el pendejo periodista mexicano que quiere que le dé una entrevista?

Miraste hacia muy abajo. El tipo tenía una sonrisa sardónica.

—No. Soy mexicano y periodista, pero no le he pedido a nadie una entrevista, estoy de vacaciones con una talachita de misión especial, compadre.

—Mejor ni te me arrimes, güey, porque le voy a comer las entrañas a tu madre, te voy a sacar los ojos y le voy a tirar tus güevos a los perros —dijo el enano, y esbozó una sonrisa angelical.

Los viajes transoceánicos producen a veces, en la tierra de destino, una potente sensación de irrealidad, que se prolonga al menos un par de horas. Para alguien como tú, al que la distancia entre los asientos de los aviones produce enormes sufrimientos, la sensación de irrealidad se suma a un periodo de desencogimiento, en el que tu metro noventa y dos se despliega nuevamente. Irreal o no, este retorno a la vida y tan a la mala fue tan brusco que no te costó mucho producir una mueca lugosiana y decirle al pinche enano:

—Cachito de machito, si no fuera porque es pecado pegarle a menores, te hacía mierda en este instante. Y ya más profesional, ¿por qué tendría que hacerte una entrevista? Yo vine hasta Asturias para cubrir el partido de homenaje de Hugo Sánchez, para tomar mucha sidra y oír folk celta y la verdad, mamoncete, pequeño culero, no te veo de futbolista, de sidrero, ni de «folki».

—No diga que no se lo advertí, paisano. Soy más cabrón que chaparro.

—En mi pueblo a los enanos los usamos para sostener los libros en las estanterías, güey —dijiste, y le diste

la espalda con relativa elegancia para ir a comprar Cohibas en el estanco de tabaco.

Horas más tarde abrías los ojos en la Cruz Roja de Avilés y una monja, o una asturiana budista, o una enfermera marchosa, nunca podrías precisarlo en los futuros recuerdos, te preguntó algo raro:

—¿Sabe usted su número de pasaporte? ¿Tiene DNI?

Cerraste los ojos.

Reconstruyendo días más tarde, que es ése el oficio del periodista, devolver al presente las historias llenándolas de orden y concierto, habrías de saber que cuando te diste la vuelta, el enano te había sorrajado con pericia de beisbolista una lata de pepsicola en la nuca, con tal violencia y puntería, que te había abierto una rajada de cuatro centímetros, causando una conmoción cerebral que te envió directamente al suelo desmayado. Luego había salido del aeropuerto impune, trepado a un coche y desaparecido.

Suerte de los enanos, que provocan tras sus actos un compás de espera del que otros humanos normales no gozan. Total, que el muy hijo de la chingada se había ido tan tranquilo, ante el estupor de un par de guardias civiles, que no es que sean muy rápidos de reflejos en lo normal, pero que ante lo sorprendente, se volvieron más lentos, negándose a aumentar su mala fama deteniendo a un niño.

En la Cruz Roja de Avilés te revisó un médico que fumaba un puro, y que dejando caer un poco de ceniza sobre la herida, declaró que si no conmocionabas de nuevo en la próxima tarde, no habría peligro.

Asturias tiene más verdes que los que tu abuelo había descrito y el mar aparece, verde oscuro, lleno de espuma, de vez en cuando, al pie de las montañas. En el hotel de Gijón te recibieron con palmadas en la espalda, como si ser mexicano diera puntos extra y en un par de horas habías logrado comunicar con el diario y recibir respuesta. Tu director te regañaba dulcemente: «Pendejo, concéntrate en el partido, te advertimos que el enano ése era un culero, ojete y cabrón de mucho cuidado. Por cierto, si te lo encuentras de casualidad no le preguntes sobre el dinero que lava para el ex presidente, sólo dile que si sabe algo del robo del penacho de Moctezuma. Consigue una buena entrevista con Hugo y bebe mucho anís».

En el bar del hotel, donde te habían adoptado de inmediato, te informaron que el anís era una bebida de maricones, no de periodistas mexicanos, y que en ultimado caso era mejor el anís del mono que el de la asturiana. De pasada te informaron que había un enano mexicano en el 407, que era «cojonudo, de puta madre, tío».

Por culpa del anís, te tomó por sorpresa la aparición del enano, que al influjo del vapor etílico se materializó en el bar a tu lado y pidió un tequila doble.

—El penacho de Moctezuma mide dos metros y medio extendido, y está hecho de plumas de quetzal, con canutillos de oro y adornos de lapislázuli. Lo tenían en un museo en Viena y fue robado hace unos meses... ¿Usted no sabe nada del asunto, verdad?

—Yo le tengo un pinche asco a los reyes aztecas... Me dan vómito esos güeyes... Yo tengo sangre azul euro-

pea, no me junto con nacos, lástima que Hernán Cortés no se los chingó a todos. Me pela el nabo Moctezuma y me lo pelan Cuauhtémoc y Nezahualcóyotl – dijo el enano poniendo cara de asco.

El decimosexto de sangre tarasca que corría por tus venas se sublevó, ningún pinche enano iba a insultar a un rey poeta.

– En México se dice que usted además de ser enano, se dedica a ser guardaespaldas financiero de ese ex presidente que anda prófugo por ladrón. Perdón, con su pinche estatura, usted no llega a guardaespaldas, a lo mucho a guardanalgas.

El enano se rió, los parroquianos del bar lo corearon. Tú soltaste una carcajada aún más potente.

Malo, porque el enano aprovechó para izarse en su taburete y clavarte un tenedor en la mano.

– Perdón – dijo y se fue tan tranquilo.

El médico de la Cruz Roja de Gijón que se parecía al de Avilés, aunque no fumaba puro, resumió sin piedad:

– Más vale que escriba usted con la zurda, o sea periodista de radio, porque esta mano la va a tener muy jodida durante un par de meses.

El fax del director fue aún más demoledor:

«Te dijimos que te cuidaras del enano, que era un soberano pendejo, culero y sádico satánico. Si te lo encuentras no le vayas a preguntar sobre las relaciones de nuestro ex presidente y el banco de Santander y qué tiene que ver él

con eso. Lo tuyo es el fútbol, compadre, el seguro médico no cruza el océano. La nota que mandaste sobre un enano salinista que agrede a periodista en Gijón, ni la publicamos, para no quedar en ridículo».

3

Dos días más tarde te encontraste al enano en el espigón con el que cierra el puerto deportivo. Tú ibas tarareando habaneras y el enano estaba sentado en un banco, muy elegante, incluso perfumado, jugueteando con un pequeño bastón.

—Quihúbole, grandote, ¿no te aburres de que te esté partiendo la madre a cada rato?

Lo miraste fijamente. Era la viva imagen del niño Jesús de Praga, el de las estampitas, pero con bigotito franquista.

—¿Cuáles son las cuentas del Banco de Santander que maneja usted para el ladrón de su jefe? —preguntaste, más que por obtener una respuesta, por respeto al oficio de periodista que llevabas en las venas.

El enano saltó del banquito, tomó firmemente el bastón y tirando del puño desenvainó un estilete.

—Voy a hacer tacos de carnitas contigo, güey —dijo lanzando mandobles.

Sentiste cómo el acero cortaba la camisa y la sangre brotaba. En un reflejo basquetbolístico tomaste el brazo armado del enano y alzándolo como si fuera una bola, lo lanzaste al agua.

La herida era superficial, pero no te libraste de los puntos de sutura y de una inyección antitetánica, a más de las risas de una enfermera un poco puta. Ni siquiera informaste al diario de este último encuentro con el charrito.

4

El partido de homenaje a Hugo Sánchez salió mal, llovía a mares, a Hugo lo expulsaron por escupirle al portero del Sporting y tú te dedicaste a partir del segundo tiempo a informarle al personal que tu abuelo era de Gijón y que a los mexicanos de bien no les gustaba eso de escupir a los porteros.

Afortunadamente el enano, aunque era pequeño, parece ser que no sabía nadar.

(Tomado del libro *Solo tu sombra fatal* Ed. Planeta)

YA TODO ESTÁ EN CALMA

Sergio Ramírez

A Lichi, a Pati

Ahora que los acontecimientos han transcurrido hasta su final y ya todo está en calma, me siento con la serenidad suficiente para presentar un relato desapasionado de los mismos. A mi saber y entender, las cosas se desarrollaron de la siguiente manera:

Aquella noche, cuando se anunciaba sobre Managua un aguacero que al final no llegó, llamé a mi hermana, que vive hace años en Granada. Tenía dos meses de no verla, desde que nos despedimos en el cementerio tras el funeral de mi esposa. Como la noté apurada, quise saber si no la estaba perturbando. "Estoy viendo lo de la muerte de Diana", me dijo. "¿Qué? ¿Quién?", le pregunté. "Sí, Diana, murió, lo están pasando en la televisión." No lo creía. Colgué y corrí a encender el aparato. En efecto, allí estaba Jorge Ramos, de Univisión, confirmando la noticia. No podía ser. Pero era. Fue.

Vivo en un callejón de la Colonia Centroamérica. Todos mis vecinos guardaban silencio metidos en sus casas, pendientes de la noticia frente a las pantallas. Una vez asimilado el trágico hecho, pensé en el esposo. Hay quienes afirman que los ingleses de alcurnia carecen de

sentimientos, y que si acaso los tienen, están educados desde muy tierna edad para no demostrarlo. Sobre todo si se es príncipe de Gales.

Hasta la celebración del funeral solemne en la abadía de Westminster, iban a ser días cruciales. Así que cuando a la madrugada el microbús que recoge a los empleados de la empresa pitó como siempre desde el extremo del callejón, mandé a mi hija, que se alistaba para irse al colegio, a avisarle al chofer que me encontraba enfermo. “Papá, es malo mentir”, me dijo; pero fue, porque es obediente. Sólo somos los dos en la casa.

Isabel I, que murió en 1603, fue la última monarca a quien se le construyó una tumba *ex professo* bajo las naves de la abadía, aunque otros seis reyes han sido sepultados en los subterráneos. La princesa Diana no descansará allí. Una vez terminados los servicios fúnebres será llevada a una isla en medio de un lago en la propiedad familiar de Althorp, para que ni turistas ni curiosos perturben su sueño.

Una ventaja ha tenido para mí la muerte de la princesa Diana —la princesa que quería vivir, como la llama el célebre escritor cubano Guillermo Cabrera Infante, recordando aquella película en que Audrey Hepburn interpreta el papel de otra princesa igualmente desgraciada. Al fingirme enfermo, puedo pasearme dentro de la casa en short y en chinelas, bañarme tarde según mi gusto, y cuando no estoy frente al televisor, espiar las transmisiones desde la cocina mientras preparo mi almuerzo, o desde la puerta abierta del servicio mientras hago mis necesidades. Como si fuera un eterno domingo.

Hay numerosas entrevistas hechas al azar a gente de la calle en varias capitales del mundo. A todos les parece mentira y nadie escatima elogios para la princesa fallecida. En cambio, la inmensa mayoría de las opiniones se inclina en contra del esposo, acusado de insensible. No estoy de acuerdo con ese criterio. Es cierto que apareció, muy tranquilo y bien trajeado, saliendo del hospital de París donde la llevaron ya moribunda. “¿Cómo puede existir semejante ogro?”, se cruzó a decirme mi vecina Conny, que también mantiene encendido su televisor sin necesidad de faltar a su trabajo, porque su salón de belleza está instalado en su propia casa, en la otra acera del callejón. “A alguien que le avisan que su esposa murió, aunque estén separados, corre a como esté, no va primero a vestirse de catrín.”

Yo le repliqué que eso depende de las circunstancias. Unos corren como están; otros, si son príncipes, deben vestirse bien primero, porque saben que los van a filmar y fotografiar. “Es que esa gente vive sólo para salir retratada, papá”, dijo entonces mi hija mientras se servía agua en la refrigeradora; y agregó: “Papá, ¿cuándo vas a ir a trabajar?” Tiene apenas doce años.

Yo también me separé de mi esposa. Un día me llegaron con el cuento de que la habían visto almorzando en El Eskimo con un superior de su oficina, me ofusqué y esa misma noche le dije: “no te quiero ver nunca más en la vida”. Pero cuando me bajó la cólera y vino el arrepentimiento contemplé aquella actitud como un error grosero de mi parte, y tras varios días de cavilar conmigo mismo me decidí a perdonarla; sabía que estaba

posando en la casa de Conny, su íntima amiga, y fui a traerla de vuelta. Mi hija, que me lo había estado pidiendo en silencio, me acompañó.

Una mujer tan célebre, dueña de los lujos del mundo, capaz de anochecer hoy en su palacio de Kensington y mañana estar navegando en un yate hacia una mansión de cien criados en la isla griega de Corfú, o al día siguiente encontrarse cenando en el hotel Ritz, el mejor de París, arrancada en la flor de su edad. Cuesta tanto creerlo.

“Papá, ¿qué cosa es *charming*?”, me pregunto mi hija desde la mesa del comedor donde hacía sus deberes, uno de aquellos días en que mi esposa ya no estaba en la casa debido a mi drástica decisión. “No sé”, le dije. “¿Estás haciendo acaso tu tarea de inglés?” “No”, me respondió ella. “La Conny dice que corríste a mi mamá porque ella tiene *charming* y vos sos una bestia.”

La Conny había vuelto de Miami a instalar su salón de belleza cuando triunfó doña Violeta. Yo la consideraba peligrosa por libertina, una mala consejera. Traficaba además con ropa de marcas y vivía supliéndole vestidos carísimos a mi esposa. Me levanté de la mecedora y fui a buscar el diccionario Cuyás a la vitrina de los libros. *Charming*: agradable, hechicero, fascinante. Más rabia me dio, y me dije: “Si te fuiste, bien ida estás, no quiero liviandades en esta casa”. Y de todas maneras la perdoné.

Tacones altos, traje sastre, pañuelo de seda al cuello, cartera colgada al hombro, así salía de la casa en la madrugada, andando muy garbosa por el callejón todavía oscuro, para coger el bus en la parada del

Camino de Oriente, tras ella una estela de perfume de *duty free*. Extraña su figura, como si se hubiera extraviado de barrio.

Yo, que nunca seguí los pasos de Diana de Gales ni me importaron sus desdichas amorosas, ni su romance trágico con aquel capitán de la Guardia Real que después fue a vender sus confesiones a los periódicos como un rufián cualquiera; que he considerado ridículo el despliegue de las historias de alcoba de la corona inglesa, me he vuelto esclavo del televisor. “Papá, se te van a cocinar los ojos”, me dice mi hija al entrar del colegio; y yo, con un gesto elocuente de la mano, le indico que se calle.

Las transmisiones del funeral se iniciarán a las dos de la madrugada, hora de Nicaragua, y no vale la pena irse a la cama por tan poco rato. Mi hija, contagiada del entusiasmo general, se ha quedado a acompañarme. Le he dado permiso de no ir al colegio mañana.

Por un azar del destino, mi esposa también había sido bautizada Diana. Su madre, que llevaba cuenta mental de todas las películas vistas, se acordaba de una con Ana Luisa Peluffo en el papel de la mujer atormentada que posa de modelo para la estatua de Diana la Cazadora del Paseo de la Reforma de la capital mexicana. La Peluffo salía desnuda en esa película, catalogada en aquel tiempo de inmoral.

Nos reconciamos. Me hizo prometerle que jamás volvería a acosarla con mis celos. Yo le hice prometerme, a su vez, que cuando fuera a concurrir a almuerzos de trabajo con sus superiores, en restaurantes y lugares similares, me lo dejara saber de antemano para perder

así cualquier preocupación. Creo que vivimos felices por una temporada, aunque si hubiera logrado persuadirla de no vestirse de aquella manera, como modelo de revista, mi felicidad hubiera sido completa.

He llegado a aprenderme el nombre del amante de la princesa, el egipcio Dodi Al Fayed, hijo del magnate Mohamed Fayed, no un turco cualquiera de esos que van ambulantes por los pueblos cargando sus valijas de mercancía, sino propietario de la tienda Harrods de Londres, iluminada con miles de bujías; su madre, Samira, hermana del multimillonario Adnan Kashoggi que en España, donde vive dedicado al lujo y al placer en el balneario de Marbella, pone a su servicio a los grandes de la nobleza, como es el caso de don Jaime de Aragón, el que, hasta no impedirselo la muerte, le tendió la cama.

Una noche, recién reconciliados, me dieron las doce saliendo a asomarme al callejón y ella no volvía. «Papá, vení acostate que mi mamá es una adulta”, me decía mi hija, hablando en ese lenguaje que en un niña, si no hay en uno pena o preocupación de por medio, causa risa. Adulta. Y llegó la madrugada, y yo despierto, revolviéndome en la cama porque seguir en la puerta me daba miedo por los vagos y ladrones armados que entran a veces en el callejón, ahora sí consciente de que cualquier ilusión de su fidelidad quedaba hecha polvo. Y su perfume *duty free* en mis narices, como una congoja.

En una mesa redonda de Univisión criticaron la insensibilidad de los fotógrafos llamados comúnmente *paparazzi*, que tras el accidente se dedicaron a conseguir la mejor instantánea en lugar de ayudar a la princesa.

“Por dinero hacen cualquier cosa”, opinó uno de los panelistas. Pero, ¿tienen realmente la culpa esos *paparazzi*? En una entrevista Madonna atacó duramente al gran público que se alimenta de la vida privada de los famosos. “Todos tenemos sangre en las manos”, declaró. Y la cuñada de Diana, Sarah Ferguson, muy infortunada también en su vida, promueve la venta de un producto para adelgazar, que tiene por propaganda: “Adelgazar es más difícil que escapar de los *paparazzi*.”

Diana no volvía. A las cuatro de la mañana, todavía en vela, oí en la esquina el corto pitazo de la sirena de un vehículo de la policía y un rumor de voces cruzadas hablando por el radio del vehículo; oí que golpeaban otras puertas, voces que contestaban, la voz de la Conny, tras el deslumbramiento de un foco de mano golpearon aquí en las persianas de la ventana y oí el portazo que daba mi hija al salir corriendo de su cuarto para abrir, asustada como asustado iba detrás yo, envuelto de la cintura para abajo en la cobija.

Nos llevaron en el *jeep* de la policía, que empezó a sonar con gran escándalo la sirena, pero yo le pedí al oficial que por favor, nos fuéramos en silencio. En silencio nos bajamos en el patio trasero del hospital donde los fotógrafos que nos esperaban con cara de desvelados empezaron a disparar sus flashes sobre nosotros, y mi hija se abrazó fuertemente a mi cintura; esa foto salió en la página de sucesos: “Marido acongojado se presenta en compañía de hijita a reconocer cadáver de esposa infiel en morgue de hospital”; y hay otra, que registra el momento en que un oficial de policía procede a entre-

garme una bolsa de plástico negro que contiene sus pertenencias, los zapatos de tacón alto, uno de los tacones despegado y perdido, la ropa de marca, ensangrentada, y la cartera de la que personas inescrupulosas se habían robado todo el contenido, pero que conservaba en sus forros el olor embriagante del perfume de *duty free*.

«Los dos iban bebidos», me informó el oficial de la policía; y como uno de los reporteros se dio cuenta de que su grabadora no estaba funcionando, le pidió que repitiera, y él, complaciente, repitió: “Los dos ocupantes del vehículo iban bebidos, tal como lo demuestran las pruebas de nivel de alcohol practicadas en la sangre”.

La tercera foto que salió fue la de Diana muerta, tomada de cerca, en la camilla puesta sobre el piso de la morgue, donde yo la encontré. Al cadáver de su superior, que no fue fotografiado por oposición de la esposa y demás familiares, lo sacaron en un carro fúnebre por el portón de servicio, y en las noticias tampoco mencionaron su nombre. El de Diana sí, con sus apellidos de casada y soltera.

Llega por fin la hora del funeral, madrugada en Managua y mediodía en la ciudad de Londres. Unos dos mil quinientos millones de personas, algo así como la mitad del mundo entero, está viendo en este mismo momento cómo la princesa muerta demuestra a sus detractores que ha conseguido, y sobrepasado, lo que pretendió, en su vida: ser la reina de los corazones.

Jorge Ramos de Univisión informa que la isla británica Monserrat, en el mar Caribe, cambiará el nombre de su capital, Plymouth, por el de Port Diana, si acaso

no termina por ser abandonada como efecto de las erupciones del volcán La Soufriere. En mi callejón todas las puertas están abiertas y los televisores encendidos. La gente ofrece café y algunos grupos juegan naipes en el andén, como si alguien del callejón estuviera siendo velado.

La madre Teresa de Calcuta, que murió el día anterior, pese a todo el inmenso bien que hizo a la humanidad no tuvo un entierro de semejante magnitud; aunque nadie la imagina yéndose a estrellar en un túnel de París, a la medianoche, a ciento cincuenta kilómetros por hora, después de una exquisita cena con un amante multimillonario en el Hotel Ritz.

A su hora acostumbrada el microbús pitó en la esquina y ya sabía que no era por mí, sino por otros empleados de la empresa que viven en el siguiente callejón. Pero vinieron a tocar con urgencia la persiana; fue mi hija, a regañadientes, a abrir, y volvió con una carta de la empresa que me traía el chofer. Yo no quería apartar los ojos del televisor porque estábamos en el momento culminante y le pedí a mi hija que por favor abriera la carta; y cuando empezaba a leerme que la Oficina de Recursos Humanos me notificaba el despido por ausencias repetidas e injustificadas, con un gesto elocuente de la mano le dije que se callara. El féretro iba saliendo de la abadía.

(Managua, septiembre de 1997-julio de 1999)

DISLES QUE NO ME MATEN

Lorenzo Lunar Cardedo

Es probable que usted no haya leído mi primera novela policiaca. La tirada fue apenas de dos mil ejemplares, y eso, en un país donde todo el mundo sabe leer y escribir, es apenas una gota de agua en el mar; sobre todo si se tiene en cuenta que me gasté todo el dinero de mis derechos de autor en comprar la edición casi completa.

Esto de comprar gran cantidad de ejemplares de mi novela lo hice con un noble objetivo: llevar el libro al público a quien en realidad estaba dirigido. Me daba lástima ver mi novela, tan linda, con su encuadernación en cartulina cromada y todo cuento, en medio de la Feria del Libro, pasando inadvertida ante las miradas de los turista indiferentes.

Como la trama de mi novela ocurre en los bajos fondos de un barrio marginal de mi ciudad, decidí llevar a la práctica eso que alguna gente dice hacer desde una oficina y a lo que han puesto el nombre de *cultura comunitaria*. Y me fui con mi novela al barrio.

Una tarde me senté en la esquina más concurrida del barrio y me aventuré a leerle algunos fragmentos a un grupo de muchachos que bebían algo que después supe era aguardiente hecho a partir de miel de purga

fermentada con mierda de niño chiquito. Me fue algo difícil sacarlos del sano entretenimiento que encontraban en el juego de la chapa, sin embargo, cuando logré leerles el primer fragmento, se entusiasmaron tanto que insistieron en que les dejara el libro que llevaba conmigo a cambio de un litro de aquella bebida exótica. «Pa' que se inspire, asere», me dijo uno que parecía ser el líder del grupo, porque pactó conmigo la presentación de la novela la tarde siguiente en el mismo lugar. «Yo me ocupo de la promoción —aseguró—, y al que no venga de la gente que yo invite le rompo el culo a patadas, no se preocupe».

La tarde siguiente, cuando llegué a la esquina, me sorprendió un molote de gente que se disputaba un lugar lo más cerca posible del poste donde ocupaban una evidente presidencia los muchachos que la tarde anterior habían estado conversando y bebiendo conmigo.

—No se preocupe, escritor, todo está organizado.
—me dijo Dignoser, que así se llamaba el líder del grupo. ¿Trajo los libros?

—Traje cinco o seis —le dije.

—Con eso no alcanza para el lanzamiento.

—¿Lanzamiento?

—Claro, ¿no es así como se le dice a cuando se vende un libro?

—Sí... —contesté, y miré al molote que se revolvía ante mi presencia.

—¡Con orden, caballero! ¡Con orden, que la gente que está rectificando la cola aquí desde por la mañana no se va a quedar sin ná! —gritó una negra con tipo de

campeona panamericana de lanzamiento de la bala, con unas chancletas aplastadas por el excesivo peso y el excesivo uso y los calcañales más sucios que la conciencia de Poncio Pilatos.

—El tipo trae nada más que siete libritos de mierda —exclamó decepcionado un maricón con siete collares de santería al cuello, y el molote volvió a revolverse como una anaconda después de zamparse un toro.

Yo pedí calma a la multitud, que respetuosamente se organizó al escuchar mi voz.

—Voy a mi casa a buscar más —dije.

Un rubio alto, sin dientes, con la camiseta rota y peor aspecto que un músico de heavy metal, se adelantó a decirme algo, pero Dignoser lo detuvo con un gesto de su mano.

—Tiene media hora, escritor —me dijo con solemnidad, y yo supe que de mi puntualidad dependía no sólo el prestigio del muchacho en el barrio, sino también mi integridad física.

Solté el bofe en la bicicleta, pero a los veinte minutos ya estaba de regreso con cien ejemplares de mi exitosa novela. Otros veinte minutos más tarde regresaba a mi casa sin un solo libro. En el bolsillo, tres dólares y cincuenta pesos cubanos, y amarrados a diferentes partes de mi bicicleta, dos mazos de lechuga, una cabeza de puerco, dos jabones Lux, un pomo de champú por la mitad, tres sábados cortos del aguardiente de marras y un jarrón de porcelana china de la dinastía Ming con su chapilla de inventario del Museo de Artes Decorativas. Comparado con los derechos de autor, era un buen ne-

gocio. Además, mi novela había caído en manos de su verdadero público.

Pero la historia no concluye aquí. Reencontrarme con un barrio parecido al de mi infancia, cuyos recuerdos me habían servido para la construcción de mi primera novela, era toda una tentación. Las buenas relaciones que había establecido con Dignoser y sus amigos me permitían conversar con personajes de tremenda riqueza y colorido y, quizás, hasta encontrar historias que me permitieran acometer una segunda novela más veraz que la recién concluida. Qué lejos estaba yo de imaginar el precio que habría de pagar.

Comencé a darme cuenta cuando noté que a Dignoser habían comenzado a llamarlo en el grupo por el nombre de *Gravilla*. Gravilla era el bautismo de uno de los delincuentes de mi primera novela. Pero aquello era solamente un botón de muestra; poco a poco fui conociendo personalmente a cada uno de los personajes que yo había creado: Pedro Pechoemulo, Chago el Buey, Frank la Puerca, el Puchy, Pedrusco el Rey del Brillo y el Gordillo acudían a la esquina cuando yo visitaba el barrio a compartir conmigo el aguardiente. Increíble era la manera en que habían encarnado mis personajes, baste decirles que el Gordillo, que antes se llamaba Robin Díaz Hurtado, engordó más de quince libras para asumir su personaje, y esto le costó que su novia lo dejara. Sin embargo, él sentía que el sacrificio estaba recompensado; era famoso, su nuevo nombre aparecía en un libro.

Y esto solamente fue el inicio. Como mi objetivo fundamental era escribir una segunda novela, tomé la

infausta decisión de discutir el desarrollo de la trama con mis nuevos amigos en la esquina. El asunto de la nueva novela era una serie de crímenes que ocurrirían después de un robo de gafas en un almacén de una corporación. La policía debía ubicar la mercancía en el barrio a través de un informante y ahí comenzaba la investigación. Lo que nunca imaginé fue que al día siguiente de haber expuesto la idea a mis amigos ocurriera un robo similar en los almacenes de la TRD de la ciudad. Coincidencia, pensé.

Otra tarde tuve una penosa discusión con el Gordillo. El muchacho no aceptaba la condición de informante que yo le quería imponer en mi proyecto de novela y armó un tremendo escándalo en la esquina, hasta quería fajarse conmigo porque eso de chivato no le servía a él, Dignoser, o sea Gravilla, intervino a mi favor y entre el Puchy y él le dieron una mano de patadas al Gordillo por chivato y por traste, y le prohibieron que volviera por la esquina. Aquella noche el complejo de culpa no me dejó dormir.

La tarde siguiente llegué bien temprano a la esquina. Todavía no estaba ninguno de los muchachos, pero me esperaba Leonardo, el jefe del sector de la policía en el barrio. Era un joven de treinta y tantos años, igual que el personaje de mi novela, de hablar pausado y buenos modales como mi héroe. Su verdadero nombre era Raúl, pero ustedes ya saben.

—Vamos a hablar de hombre a hombre, escritor — me dijo.

—¿Qué es lo que pasa?

– Como usted verá, yo me encuentro en una situación muy difícil. Tengo que actuar y en este enredo hay dos o tres socios de aquí del barrio. El Puchy es como mi hermano, estuvimos juntos en Angola antes de hacerme policía y todo eso que usted sabe. Yo sé que él tiene que ver con eso, anda huyéndome... También me preocupaba de Pechoemulo.

– ¿Qué pasa con Pedro Pechoemulo?

– El cadáver no aparece.

– ¡El cadáver!

– Claro, el cadáver. Se supone que lo hayan asesinado. Si Chago el Buey es el que tiene las gafas y Pechoemulo lo sabe y quiere joderlo en el negocio, es lógico que lo mate... Claro que eso no lo va a hacer el mismo Chago, él se cuida mucho de esas cosas. Seguramente va a usar a alguna de su gente... No, al Gordillo no, ése es un infeliz al que hasta yo le saco información y lo que hace enredarse cada vez más con Chago y esa gente...

Pero... puede usar a Tanganica. Tanganica acaba de salir de la cárcel y es incondicional de Chago el Buey. Además, en el barrio se comenta que estando él allá adentro, Pechoemulo andaba con su mujer, Mabel la Rubia, ¡tremendo cuero!

¡Todo un argumento! La verdadera solución. Erá mi novela. Yo había soltado la idea y los personajes se me habían ido de las manos. Eso cuanto ocurre en la hoja de papel es magnífico, pero cuando la creación literaria y la realidad se revuelven una con la otra, y la vida de un hombre está en juego, ya es harina de otro costal. Sin embargo, a Leonardo no parecía importarle nada la tra-

gedia. Él estaba en lo suyo, y para él y para todo el barrio si Pedro Pechoemulo no estaba muerto, le faltaba poco.

Traté de explicarle que todo aquello era una locura, que había que hacer algo para detenerlo.

—Detenerlo, sí — me dijo. — Hay que detener. Voy para la Unidad de la Policía a buscar una orden de detención a nombre de Inocente Ascuay, alias *Tanganica*... Ese tiene que ser el asesino.

—Y me dejó solo en la esquina.

Los muchachos no aparecieron aquella tarde. Cuando la cosa se pone mala en el barrio, es normal que todo el mundo se pierda. Casi era de noche cuando decidí volver a mi casa. Deseaba con toda el alma un trago de aguardiente y allá todavía me quedaba un poco de la que había negociado por mis libros. Al pasar frente a la casa del maceta del barrio, o sea, Chago el Buey, vi salir a un negro grandísimo vistiendo un pitusa y camiseta azul; tenía un collar de cuentas blancas rojas en el cuello y la barba arreglada en forma de «candado». Me saludó con un gesto y una sonrisa malévol.

Mi primer impulso al llegar a la casa fue deshacerme de la novela. Romperla, quemarla, desaparecerla. No podía convertirme en un asesino a través de mi literatura. Decidí darle una última lectura antes de hacerlo; cuando terminé, me di cuenta que no podía. Hubiera sido otro crimen. Tenía esa excelente novela y Leonardo me había dado la solución perfecta de la trama. Traté de conciliarme con mi conciencia pensando que lo que estaba pasando en el barrio no eran más que coincidencias de la vida y que si aquello tenía que ver con mi novela

no era por mi culpa; eran ellos quienes habían decidido asumirlo así. El conflicto interno fue una batalla difícil, pero hay momentos en la vida de los hombres en que deben tomarse determinaciones crueles. Era mi novela y no iba a ceder por un muertecito más o menos.

Y no cedí. No cedí ni cuando aquella noche se apareció Pedro Pechoemulo a la puerta de mi casa a pedir clemencia.

— ¡Disles que no me maten, escritor! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Disles así. Disles que lo hagan por caridad.

— No puedo. Chago el Buey no quiere saber nada de ti.

— Tú sí puedes, escritor. Puedes decirles que eso no es así. Haz que te oigan. Tú tienes tus mañas. Disles que ya con este susto está bueno.

— No se trata de sustos, parece que te van a matar de verdad. Y yo ya no quiero volver más allá.

— Anda, escritor, disles que tengan un poquito de lástima de mí.

— Vete — le dije.

— Yo le puedo pagar a Chago, yo le puedo pagar. La cosa puede ser así.

— Ya no hay remedio — le dije, y cerré la puerta.

Él debió de quedarse un rato ahí parado. Quizás antes de irse al bar escuchó el tecleo de mi máquina de escribir.

— Ponme otro doble — dijo Pechoemulo al dependiente. El hombre lo miró indeciso. Pedro Pechoemulo estaba bien borracho.

—Sírvete, que se emborrache más. Que beba todo lo que le dé la gana —le dijo el negro grande, y se pasó la mano por la barba cuidadosamente recortada a manera de «candado».

Pedro Pechoemulo terminó el último trago de su vida y salió del bar dando tumbos. Tanganica le siguió los pasos. Cuando entraron al barrio, por un callejón oscuro y estrecho, Pechoemulo cayó arrodillado sobre el asfalto. Tanganica lo sintió llorar.

—Por favor, Tanga, mírame, yo ya no valgo nada. ¡No me mates!

El negro se inclinó sobre él y le abrazó el cuello. Luego hizo un gesto breve y se oyó un chasquido. Leonardo lo encontró arrinconado al pie del poste de la esquina. Por fin se había apaciguado.

—No tendrá nadie que lo extrañe —dijo bajito. Después se montó en su bicicleta y salió a buscar un teléfono.

(Premio del Concurso Internacional de Relatos
Policiacos Semana Negra 1999)

LA VIDA REAL

Eduardo Antonio Parra

Esta vida da asco, se dijo Soto y dejó caer el cuerpo en la silla cimbrando toda su carne, sintiendo cómo a causa del peso las vértebras aplastaban los discos hasta hacerlos gemir. Encendió un cigarro y notó que las manos ya no le temblaban. En cambio el sudor persistía en las palmas y entre los dedos a pesar de los constantes frotamientos contra la mezclilla de la chaqueta. En el silencio de la redacción, la imagen de los cadáveres volvió a flotar frente a su mirada. La úlcera se le alborotó en el fondo del estómago. Déjame en paz, carajo. Aspiró el humo y lo echó fuera con fuerza, mas no pudo ahuyentar ni el dolor ni la visión: los dos rostros inertes sobre el lodo, ensangrentados y pálidos, la piel casi translúcida bajo la luz del flash. Enseguida se vio a sí mismo de regreso al periódico bajo el aguacero, fumando cigarro tras cigarro, dando lumbre a cada uno con el anterior, en un vano intento de arrancarse esa pestilencia a sangre, sexo y alcohol que se le adhirió al cuerpo desde el momento de entrar a las ruinas del cine.

—Soto, apaga el cigarro —le dijo Ramos, el editor, desde su oficina.

Pisó la colilla mientras murmuraba una mentada de madre. Repasó en todas las paredes los carteles recientemente pegados: *No fumar*. Carajo, ¿a quién le importa la salud? Órdenes del nuevo director. ¿Pero quién pensaba en cumplir con la disciplina después de estar en ese matadero?

Dos vagabundos... aporreó furioso las teclas de la computadora. Se detuvo. Borró esas palabras. Las sustituyó: Dos teporochos... De nuevo se detuvo. ¿Por qué no hacía ruido al escribir? ¿Dónde habían quedado aquellas máquinas metálicas, pesadas, escandalosas, en las que uno sentía estar trabajando de verdad? Llevó la mano a los cigarros automáticamente, iba a sacar uno, pero lo dejó en la cajetilla al mirar otra vez los dichosos cartelitos.

Dos vagabundos, dos teporochos: los mismos que había entrevistado meses antes con motivo de un reportaje. Dos seres cubiertos de andrajos que a su modo encarnaban una metáfora del deseo: en medio de lo más abyecto construían su propio paraíso, gozaban placeres secretos y engañaban al dolor. Dos auténticos *clochards* que vivían en la calle, se alimentaban en los basureros, dormían en parques o edificios abandonados y fornicaban donde les daba la gana. Pareja en el exacto sentido del término. Cómplices en contra del universo. Amantes unidos por la suciedad y el hambre, los solventes y el alcohol, la libertad y el deseo. Unidos, en fin, por la pura valentía de permanecer unidos.

—Da asco — dijo Soto nuevamente, ahora en alto, sin saber de quién era esa voz ronca, sofocada por el coraje.

Los había visto por vez primera durante la redada a un prostíbulo disfrazado de salón de baile. De eso hacía por lo menos un año. Soto acudió al lugar junto con un convoy de granaderas. Los uniformados le pusieron en fila a toda la fauna del burdel, y él se dio gusto retratando a los mariguaneros que escondían el rostro, a los travestis orgullosos de ser mujeres, a las putas que le ofrecían el cuerpo si las sacaba de la cárcel. Cuando anotaba los nombres de los detenidos, se le acercó la pareja.

—Caite con un pomo y te posamos pa la foto.

Le agradó la iniciativa, aunque no pudo ocultar un gesto de repulsión: olían a vómito, a sudor remojado, a mierda añeja; y bajo esa fetidez se filtraba otra, acaso más tierna, dulce, que aquella noche Soto identificó con las emanaciones que se desprenden de la fruta descompuesta. Su facha no producía un mejor efecto: en ambos, los harapos apenas cubrían la piel llena de pústulas, granos y unas inmundas plastas de sebo ennegrecido. Ella, casi calva, lucía sobre el cráneo manchas tornasoladas, semejantes a las de la humedad en las paredes. Por el contrario, el tipo ostentaba una melena que se erguía un palmo por encima de la cabeza, cuyo puntal era una especie de betún duro y reluciente.

Valía la pena. Soto dirigió a ellos el lente, lo cual estimuló el exhibicionismo de la pareja: primero recrearon cuadros de boda, ella de pie, la mirada plena de ilusiones, y él sentado, abrazándola del talle. Luego se separaron, mirándose amorosos, tomados de las manos. Más tarde cruzaron sus brazos sobre los hombros, como camaradas, mientras sonreían a la cámara con dientes

cubiertos de lama. De pronto se besaron, y ya se acariciaban bajo los jirones de tela, cuando el rollo llegó a su fin.

Entonces se acercaron a Soto para que cumpliera con su parte del trato, pero él se desentendió murmurando “otro día”, porque los uniformados empezaban a abordar sus unidades.

—¡Contesta el teléfono, Soto! —le gritó Ramos desde lejos.

Miró el aparato sin moverse, y ni siquiera se inmuto ante los siguientes timbrazos. Tengo ganas de fumar, no de hablar con Remedios. Porque seguro era Remedios. ¿Quién más? Sobre todo a esta hora. ¿Serían ya las tres? Maldita guardia, carajo. Los cadáveres habían sido descubiertos antes de media noche, como alguien aseguró a través del *scanner* del periódico. Más de dos horas y él aún apestaba a muerto, a sangre, a sexo. Sólo el olor a alcohol había desaparecido. Otro timbrazo. Sí, tenía que ser Remedios, llamándolo para reclamarle la tardanza, la descortesía de no avisarle. Y esa imagen de los dos rostros unidos en la muerte que no se iba. Descortesía. Y sin poder fumar. ¿No se daba cuenta de que no quería hablar con ella? Triste, abatido, como no lo había estado en mucho tiempo. Descortesía: desconsideración: no te importa que no pueda dormir cuando no llegas. Tengo ganas de emborracharme. Otro timbrazo. Que se vaya a la chingada.

—O le contestas tú o le contesto yo —Ramos estaba junto a él. —Me tiene hasta la madre...

—Ya dejó de sonar.

—¿Todavía no escribes la nota?

—Voy, no hay prisa.

La pinche nota, repitió Soto apretando los dientes y se sobó las manos en el pantalón. A pesar de la ropa húmeda y del aire acondicionado que a esas horas solitarias convertía la redacción en un frigorífico, el sudor viscoso seguía ahí, en los vértices de los dedos, en las palmas. Sentía como si acabara de sacarlas de un bote de grasa. Empezó a teclear y otra vez paró. ¿Cómo escribir la nota? ¿Cómo eludir la impresión de haber reconocido los cadáveres? ¿Cómo darle un tono de falsa objetividad para que los lectores no advirtieran que sus sentimientos, su asco, su decepción estaban involucrados? Nunca reveló las primeras fotos: el rollo se extravió en el desorden del laboratorio. Y no se hubiera vuelto a acordar de ellos, si no es porque unos meses más tarde se los volvió a topar.

Salieron de un pequeño parque cuyos arbustos se enmarañaban sin concierto, igual que en un lote baldío. Era media tarde. Soto recorría las inmediaciones del centro cuando los reconoció: abrazados, acariciándose alegres por encima de sus andrajos, en actitud tan cariñosa que no dudó acerca de lo que habían estado haciendo en el parque. Sintió envidia: él y Remedios tenían mucho de haber perdido el deseo de amarse de ese modo.

Estacionó el auto donde pudo y los siguió entre la gente un par de cuadras, hasta darles alcance en una explanada llena de pordioseros. Había nubes de moscas zumbando por todas partes. Una mezcla de olores —basura, cloaca, humanidad enferma y agua podrida— prensaba el aire, y rápido arremetió contra él. En el sue-

lo la confusión de cobijas zarrapastrosas, montones de ropa viejísima arrumbados al azar y cuerpos cubiertos de piltrafas obligó a Soto a caminar como sobre las piedras de un río, pisando en huecos, eludiendo las manos que exigían dinero. Tras la odisea, se plantó frente a la pareja y les preguntó si se acordaban de él.

—Cómo no, gordito, tas péndulo.

Se hizo acompañar por ellos a un depósito cercano y les compró dos litros del tequila más barato. De regreso a la plaza, les propuso una entrevista y otra sesión de fotos, pero ellos alegaron no estar de humor más que para emborracharse en paz con sus compas. Podía ir a buscarlos después, al cabo ya sabía dónde hallarlos. Soto insistió. Por lo menos posen unos minutos, dijo. Ya no lo escucharon: se habían arrinconado junto a unos tambos de basura y, generosos, mostraban las botellas a los moradores de la explanada en señal de invitación.

—Tómamelas a mí —otro de los vagabundos lo asía del codo.

Se zafó sin verlo. Ahora sí estaba realmente fascinado por la pareja: a pesar de los andrajos y de las cicatrices, a pesar de toda esa inmundicia que llevaban encima, parecían sublimarse hasta la felicidad. La carne, el deseo de sus cuerpos, era su sostén en ese estado de gracia en el cual reían, festejaban, compartían las botellas con los amigos, se abrazaban y besaban en medio de la mugre. Una intensa envidia volvió a prender en las entrañas de Soto. Antes de irse, interceptó a un hombre que iba a sumarse a la fiesta del tequila.

—¿Sabes cómo se llaman esos dos?

—No —se rió—, pero les dicen los Amorosos.

El frío de la redacción calaba hondo y Soto se resregó los brazos. El temblor retornó a sus manos, que no dejaban de sudar, y ahora no supo si era a causa de la temperatura o por la impotencia ante la obligación de redactar la nota. Piensa, Soto, se dijo tratando de concentrarse, es tan sólo un crimen más en la ciudad, igual a los que registras día a día para alimentar el morbo de los lectores. Otra aberración en la que hozará la gente para poder sentirse normal, sana, segura dentro de las cuatro paredes de su casa. Nada extraordinario: dos vagabundos, dos teporochos, dos NN muertos a manos de otro malviviente como ellos en uno de los barrios aledaños al centro. No importa que los conocieras, que incluso hayas intentado darles fama y gritar a los cuatro vientos el júbilo y la libertad en que vivían a través de un reportaje mutilado porque a nadie le interesaban las porquerías pornográficas de dos lacras sociales. No importa la envidia de la buena que sentías hacia ellos, ni el entusiasmo ni la fe en los hombres que revivieron en ti. Nada de eso importa. Como tampoco importan el sudor en las manos, el tufo pegado a la nariz, el torbellino dentro de la cabeza y la imagen de los cadáveres que no puedes dejar de ver. Ni siquiera esta desesperante necesidad de fumar, de salir corriendo, buscar una cantina y lavarte, purificarte por dentro con una botella de ron. Nunca habías sentido nada ante la muerte. No empieces ahora. No tienes por qué: es sólo parte de la vida. Siempre lo has dicho.

—¿Trajiste gráficas, Soto? —Ramos cargaba su maletín.

—Se están revelando.

—Bueno, cuando acabes la nota, deja todo en el escritorio de Agustín —le dio una palmada en la espalda como despedida. —Mañana va de primera en el de la tarde.

Lo vio doblar al final del pasillo y durante unos segundos escuchó el eco de sus pasos. Al retornar el silencio a su inmovilidad, Soto sacó un cigarro y lo encendió. El aroma del tabaco quemado se le enroscó entonces en el olfato, y al sentirse libre de ese otro olor, el que venía arrastrando desde el cine, pudo olvidar por un instante la visión que lo angustiaba.

Los había ido a buscar a la plaza varias semanas más tarde, muy de mañana, a una hora en que los moradores de la explanada aún no abandonaban los sueños alcohólicos. Cubría la atmósfera una tenue neblina que neutralizaba un tanto los humores, pero confería a aquel cuadro un aspecto lúgubre: hombres y mujeres se arracimaban en un revoltijo de cabezas y trapos, polvo y basura. Lucían como cadáveres momificados, sorprendidos mientras dormían por una lluvia de ceniza que los hubiera asfixiado, quemándoles la piel apenas por encima hasta ennegrecerlos.

Tomó algunas fotos del conjunto. Enseguida se dedicó a examinar cada uno de los rostros sin encontrar a la pareja. Preguntó por ellos a una mujer gorda, en apariencia la única consciente, que contemplaba los vapores de la neblina despatarrada sobre una banca. Ella lo miró largo rato, mas no despegó los labios. Es inútil, se dijo Soto, y rastreó con los ojos un sendero para alejarse de

ese laberinto de cuerpos, pero desde el suelo lo sujetaron del pantalón.

—¿Cómo te va a contestar? —la voz salió de un montón de estopa. —¿Qué no ves que es muda?

—¿Y tú sabes dónde están?

—¿Pa' qué los quieres?

—Tengo un asunto pendiente con ellos.

La estopa se contrajo como si estuviera pariendo y de entre sus hebras brotó una cabeza rapada a medias, negra, igual que si la hubieran pintado a punta de brochazos. Se dio vuelta y Soto pudo ver su rostro: normal, excepto por los ojos excesivamente inyectados de sangre.

—¿Les vas a dar un pomo por tomarles fotos?

—A lo mejor.

—Dámelo a mí —dijo enseñando unas encías sin dientes. —Yo soy más guapo, ¿qué no?

Era inútil. Nadie estaba en condiciones de darle razón. Caminó con rumbo al auto. Ya en la calle, escuchó la voz sonámbula y cascada de una anciana:

—Búscalos en la cuadra de atrás —sonrió pícaro—: se fueron a coger. Chance y los alcanzas. Así sacas fotos más cachondas...

El timbre del teléfono lo hizo dar un respingo y tambalearse sobre la silla. Otra vez Remedios, carajo. Miró a todos lados para comprobar que seguía solo en la redacción mientras frotaba las manos una con otra. El sudor persistía. Ahora también lo aquejaba un dolor de mandíbulas, y se recordó amodorrado, rechinando los dientes por la tensión. Cada día estoy peor. Se puso de pie

en tanto escuchaba de nuevo el timbre. Por sus piernas corrían miles de hormigas que empezaron a irradiar calor en cuanto caminó. Fue al archivo, directo a la cajonera de la sección policiaca. Extrajo un sobre de manila, cuya única referencia al dorso era su apellido escrito a lápiz.

Alrededor de sesenta filminas y texto suficiente para dos planas. Al ver el material, Ramos se había mostrado lleno de un entusiasmo que no tardó en contagiar al diseñador. Alabó las fotos y la entrevista y, quebrantando su parquedad habitual, lo felicitó por haber sabido distinguir en medio de aquella suciedad, de toda la escoria que anidaba en las calles, un nicho de belleza que tornaba soportable la vida. De hecho ésta es la vida real, se había corregido Ramos enseguida, la que deben conocer los lectores. Aseguró que el domingo le daría las dos páginas completas, a color, pues sólo así podría apreciarse el aura mágica que envolvía a los vagabundos. Lo cabecearon “En otra dimensión” y, ya montado, Ramos lo llevó a la oficina del director.

Sin embargo volvió más serio de lo que nunca lo habían visto: el domingo siguiente una de las páginas centrales anunciaría las ofertas de una tienda departamental. Además le habían dado la orden de que el reportaje ocupara cuando mucho media plana, porque lo que la gente esperaba de la sección eran crímenes y accidentes, no cochinas ni cursilerías. Qué vida real ni qué nada. La vida real era lo que la gente leía en el periódico. De nada valdría insistir, el jefe estaba decidido.

Soto salió del archivo con el sobre en la mano. El teléfono ya no sonaba y en la redacción sólo se oían ru-

mores distantes, procedentes de la cápsula de diseño. Tengo que escribir algo para Agustín. Lo que fuera. Otra era dejarle los datos y que él se las arreglara. O nomás las gráficas. Se dirigió a su silla al tiempo que escuchaba tras de sí los pasos del laboratorista.

—Oye, Soto, están con madre —le entregó la ristra de filminas. — ¿Y cómo los mató ese güey?

— ¿Qué hora es?

— Las cuatro.

— ¿A qué hora llega Agustín?

— Entre cuatro y media y cinco.

Le dio la espalda y se sentó. El otro permaneció ahí unos instantes, pero pronto sus pasos sonaron en retirada. En el vacío de la pantalla el cursor emitía un latido verde, intermitente, desesperante. Soto dejó el sobre encima del escritorio y notó que estaba húmedo de sudor. Junto al teclado, la ristra de filminas se enroscaba en espiral. No necesitaba revisar las imágenes: todavía las llevaba en las pupilas como un tatuaje, proyectándose sin cesar en los objetos a su alrededor. Tampoco necesitaba sacar las otras del sobre. Ésas las tenía tatuadas en la memoria.

Los había encontrado siguiendo las indicaciones de la anciana. Era una calle vieja y solitaria que el gobierno iba a ampliar para dar paso a una avenida. Almacenes, estanquillos, casas, un enorme cine y un par de vecindades. La mayoría en ruinas, sólo unos cuantos edificios conservaban a sus ocupantes. Había malvivientes por doquier: engarruñados en los portales, entre los escombros, calentándose alrededor de una fogata, pidiendo dinero en las esquinas.

Soto se asomó a cada una de las construcciones a través de unos huecos semejantes a las cicatrices de un bombardeo. Los halló dentro de lo que anteriormente fuera un almacén, cuyos ventanales pulverizados cubrían el suelo. Al verlos sonrió; la anciana había dicho la verdad: él descansaba bocarriba con los andrajos en desorden y la respiración entrecortada, como si sufriera un ataque de asma. Ella, de rodillas junto a él, le acariciaba morosamente el pecho, mirándolo con ternura, en tanto le daba sorbos de una botella. De no ser porque el saco le colgaba hasta el piso, Soto hubiera visto sus piernas desnudas.

—Ay, mira, el periodista —la mujer sofocó una carcajada con la mano. —Ay, no me diga que nos figoneó.

El hombre sólo amplió una sonrisa. Enseguida le hizo una seña a Soto para que se acercara. Los fragmentos de vidrio crujieron bajo sus pies, y al llegar a ellos lo sorprendió que la mujer vistiera ya un pantalón similar a la piel apolillada de un oso gris. Le ofrecieron una piedra como asiento y ella sacó de entre los harapos una bolsa de plástico. Aspiró y expelió dentro tres veces. Luego, reteniendo el aire en los pulmones, se la tendió.

—No, yo no le hago —dijo Soto.

—Tons pégate un buche —el hombre le entregó la botella.

Tuvo que vencer la repulsión, y el temor hacia aquel brebaje. El alcohol había sido rebajado con refresco, pero de cualquier modo resbaló por su garganta como si se tratara de metal fundido: una sensación lenta, pesada,

ardiente, que al caer al estómago liberó una onda de vapores ácidos. Soto tosió hasta ver estrellas, mientras ellos, deshaciéndose en carcajadas, caían de espaldas y se retorcían igual que niños, agarrándose la panza a cada espasmo de risa.

Cuando todos estuvieron serenos, Soto sacó la cajetilla, les regaló cigarros, encendió uno, y puso a funcionar la grabadora.

—Primero la entrevista —dijo. —Después tomamos las fotos.

Al responder las preguntas brindaban con un golpe de chemo y un trago, intercambiándose la bolsa y la botella. No pudieron recordar cuánto llevaban juntos, amachinados, dijeron. El pasado era un espacio vacío, una película borrosa en la que participaron representando, cada quien por su rumbo, a otras gentes que habían olvidado. Un mundo alucinante, como cualquier pesadilla. Nomás se acordaban de cuando se encontraron en la calle, y de ahí en delante. Me defendió de unos güeyes que querían cogirme, dijo ella con la mirada vidriosa. Lo catearon, lo filerearon, lo dejaron medio muerto; en-séñale. El hombre aspiró dentro de la bolsa y luego se descubrió la espalda. Soto dejó la grabadora y agarró la cámara. Ahí estaban las cicatrices, entre mugre y manchas de grasa, infectadas una y otra vez. Tomó algunas fotos. De eso hacía mucho, una eternidad. Fue doloroso, claro, pero les valió para conocerse, y desde ese momento gozarse, acompañarse, protegerse. Compartían todo: refugio, amigos y enemigos, chemo, alcohol, yerba cuando había, la poca comida. Sí, era cierto, seguido los agre-

dían. Las pandillas por diversión, los policías por odio, los otros vagos porque también deseaban mujer. No importa, agregaba ella untándose a él, tengo mi caballero defensor. Cada batalla sumaba nuevas cicatrices. En fin, concluía él, llevo encima tantas que una más no cuenta. La voz se les volvió pastosa, la mirada turbia, los movimientos torpes, y sin embargo seguían hablando ya sin necesidad de preguntas: su vida era amor, amor y puro amor: cuerpo, deseo, compañía; reír, fornicar, drogarse, beber, comer a veces, ¿qué más podían pedir?

— Ahora las gráficas — dijo Soto cuando la perorata de los dos perdió los últimos vestigios de coherencia.

Aunque difícilmente podían mantenerse en pie, accedieron gustosos. Con algo de trabajo repitieron las poses del día de la redada, cayendo al piso en más de una ocasión a causa de la borrachera, y levantándose lentamente ahogados de la risa. Soto hizo una pausa para cambiar el rollo. El hombre, en tanto, agotó el alcohol y estrelló la botella contra una piedra. A partir de ese instante dejaron las poses: comenzaron a besarse con urgencia, a lamerse las cicatrices del rostro, las plastas de mugre. Sólo se detenían de tanto en tanto para sonreír al lente. Las manos iban y venían entre los trapos, acariciando, apretando. De pronto él la arrimaba a la pared y la cubría con su cuerpo. Enseguida ella saltaba a horcajadas sobre él obligándolo a trastabillar. Soto accionaba sin descanso la cámara, y capturó el momento en que las manos dejaron atrás los harapos para internarse, las de él en los senos de ella, las de ella en busca del sexo de él.

Se habían olvidado por completo de las fotos y del periodista. Absortos en ellos mismos, se dejaron caer en

el vértigo de sus cuerpos. Soto se supo intruso, ajeno a ese mundo constituido sólo por dos seres, a pesar de que una corriente de calor aceleraba la sangre en sus venas. Tomó unas cuantas gráficas más antes de ver el montón de andrajos en el suelo. Por un segundo sintió lástima hacia aquellos esqueletos revestidos con una piel maltrecha, saturada de costuras antiguas y recientes, teñida de infecciones. Pero al mirar el deseo con el que se buscaban, su sentimiento sucumbió ante la inquietud que se le revolvía en las entrañas. Perturbado por una excitación creciente, la vergüenza lo impulsó a huir del lugar.

De nuevo fue al depósito por dos litros de tequila. Era lo justo. Para apaciguar la ansiedad hinchó los pulmones con el aire frío y húmedo de la calle. Un poco más tranquilo, retornó al viejo almacén, en donde los jadeos le despertaron un pudor adolescente. Procuró no hacer ruido al pisar los cristales, y sin voltear hacia la pareja dejó las botellas en un sitio visible. No los vio, pero sí los olió: el tufo a fruta pasada que antes había percibido en ambos era ahora más intenso que nunca. Con razón, se dijo y sonrió jovial. Se llevó de despedida esa fragancia, así como un largo y estridente grito de la mujer y los sonidos guturales del hombre.

Se frotó los párpados en un gesto de desaliento. Agustín no tardaría en aparecer y la pantalla continuaba en blanco. Un cigarro temblaba entre sus dedos, y los ojos perseguían el humo hasta el extractor del techo. Sin embargo, lo que en realidad miraba eran las ruinas de aquel cine situado en la misma calle donde realizara el reportaje. Los dos cuerpos desnudos, como la última vez

que los vio, pero ahora tintos en sangre, sumidos en el lodo a fuerza de los garrotazos que terminaron por desfigurarlos. Toda la escena multiplicada en la espiral de filminas junto a la pantalla. No se lo merecían, carajo. La ceniza ganaba terreno al tabaco en la punta del cigarro. La sacudió sobre el piso y después fumó. La úlcera ardía cada vez más. Ellos no adeudaban nada a nadie; eran libres, felices. Cerró los ojos y volvió a ver los cadáveres rodeados de reporteros, judiciales, socorristas y mirones. Ningún vagabundo, ninguno de los compas de la explanada. Tendrían miedo, se dijo Soto. Los flashes relampagueaban uno tras otro, incendiando las gotas de lluvia que escurrían a través de los huecos del tejado. Las cámaras intentaban registrar cada uno de los golpes, los huesos rotos, la carne tumefacta. ¿Por qué tanto encono, tanta brutalidad? ¿Quién pudo odiarlos así? En un extremo, fuera del circo de luces y curiosos, el homicida reposaba en el lodo, con las manos a la espalda sujetas por esposas. Tenía heridas en el rostro y vestía sólo un pantalón desabrochado. Lo encontraron violando al muerto, le informó a Soto uno de los colegas, y ya se había cogido el cadáver de la mujer. Pinche loco. Por eso los granaderos le pusieron sus madrazos.

El cigarro se le había consumido entre los dedos. Arrojó el filtro a un rincón y buscó otro en sus bolsillos. Nada. Enfermo hijo de su puta madre. Arrugó la cajetilla vacía y la tiró al mismo lugar. ¿Qué te habían hecho? ¿Fue por pura envidia? Los rostros que antes reían, ahora inmóviles, monstruosos. ¿Por qué tanta saña, carajo?, repitió mientras repasaba mentalmente los argu-

mentos con que el asesino respondía a las preguntas de los judiciales: ¿Por qué los mataste? Sabe... ¿Cómo que sabe, pendejo? Pos nomás... ¿No tenías ningún motivo? Por ojetes, no me rolaron el trago. ¿Entonces fue para robarles la botella? Sí, por eso. ¿Y por qué te los cogiste? Ya le traiba ganas desde hacía un buen... ¿A los dos? ¿Eres puto o qué? No, nomás a la morra. ¿Y a él? ¿Por qué te lo cogiste también a él, pinche degenerado? Nomás, pa no desperdiciarlo, ya taba ai quietecito, de eso no hay seguido...

Soto sintió ganas de vomitar. Se puso de pie y caminó unos pasos por la redacción. El homicida era otro de los vagos de la explanada. Según la policía, andaba sumamente intoxicado. Sarolo, chemo, pastas, quién sabe qué más. Pero no hay justificación, carajo. Se volvió a sentar, mesándose los cabellos. No podía describir nada de eso, no. Los ojos inyectados de valemadrismo, la expresión cínica con la que contemplaba a quienes lo rodeaban se habían vuelto más evidentes en cuanto vio acercarse al periodista. Se incorporó y abrió la boca en una sonrisa impúdica, desdentada. ¿Ora sí me vas a retratar?, se burló al ver la cámara. ¿No que no? Ora sí te parezco guapo, ¿verdad? Lo reconoció en el instante en que un judicial le asentaba una fuerte bofetada haciéndolo caer en el lodo, y entonces las palabras que había dicho ya no fueron las de un demente, sino las del testafarro que lo acusaba de complicidad. La culpa tuvo el efecto de una cuchillada en el estómago. Apartó la cámara de su rostro mientras sentía cómo la sangre se tornaba densa dentro de sus venas. Con paso torpe buscó la sa-

lida del cine. Todavía desde el suelo, el teporocho miró alejarse a Soto y le dijo: Ai me debes el pomo...

En la pantalla se dibujaron nítidamente los mismos ojos de globos enrojecidos, la boca de encías desnudas, la cabeza pintada de negro a brochazos. Apagó la computadora, y se sobresaltó al oír unos pasos retumbando en el silencio. Ahí está Agustín y no he hecho nada. De pronto tuvo la impresión de escuchar una cuenta regresiva. ¿Por qué me altero así? En el otro lado de la redacción apareció una figura, mas no la de Agustín: el vigilante realizaba su ronda.

— ¿Todavía por aquí?

— Sí, me tocó la guardia. ¿Qué hora es ya?

— Van a dar las cinco.

Era cosa de minutos. Agustín quería ver las gráficas y leer la nota de inmediato. Tenía órdenes de Ramos de mandar como principal lo que Soto le dejara. Pero no es justo que los vean así, desnudos, ultrajados. Tomó la ristra y la puso a contraluz: imágenes tal y como le gustaban al director, a los lectores. “Cruento crimen pasional”, cabecearía Agustín y mandaría ampliar a media página la foto más sangrienta, la más macabra. No, ellos no lo merecen. Y no lo voy a permitir. Sacó de la bolsa el encendedor y, decidido, prendió fuego a las filminas.

La película ardió rápidamente cargando la atmósfera con un olor aceitoso, pesado. La dejó caer en el bote de basura y sonrió mientras miraba cómo se consumían los últimos rastros del crimen. Casi al mismo tiempo las molestias corporales disminuyeron. Se esfumó el dolor de la úlcera, el de las mandíbulas; sus músculos se relaja-

ron en un alivio voluptuoso. Los cadáveres, la sangre, el olor a muerte y el rostro cínico del loco homicida yacían en el fondo del bote convertidos en cenizas.

La vida real... recordó las palabras del director. Entonces abrió el sobre de manila y extrajo las fotos viejas. Que otros dieran a conocer la noticia del crimen, los cuerpos, al asesino. Escogió las mejores: ésas donde la pareja desbordaba ternura, abrazada, sonriente, mostrando al mundo su inmensa felicidad. Las unió con un clip al texto de su reportaje y las dejó en el escritorio de Agustín. Mañana me corren, seguro. Se frotó las manos y las encontró secas, sin sudor. Volvió a sonreír. Caminaba hacia la salida, ligero, despejado, cuando sonó el timbre del teléfono. Otra vez Remedios. O Ramos. O Agustín. O el aviso de otro crimen. O un accidente... Que se vayan todos al carajo.

CUENTO DE NAVIDAD

Mario Mendoza

Faltan unos minutos para la medianoche. El lugar parece una bodega abandonada, unos talleres fuera de servicio o una antigua estación ferroviaria, pues a lo lejos se escucha el ruido característico de un tren de carga. Un hombre está amarrado a un asiento. Su rostro está descompuesto por el pánico: tiene la piel amarilla, los ojos están inyectados en sangre, una barba de varios días cubre sus mejillas, dos ojeras le hundén la mirada de mala manera y la comisura de los labios le tiembla nerviosamente. A su lado, un joven con pantalones anchos y gorro de lana hace el papel de guardián con un revólver en la mano.

Una puerta se abre al fondo y entra otro muchacho. Dice con prisa, atropellando las palabras:

— Listo, tenemos que hacerlo.

— ¿Dieron la orden? — pregunta el primero.

— Sí, salgamos de esto rápido.

El prisionero suplica, llora, ruega, ofrece dinero a sus victimarios. Los jóvenes se juegan con una moneda el papel de verdugo a un cara o sello. Pierde el joven guardián, revisa las balas en el tambor de su revólver y acerca el arma a la sien del prisionero. Cuando

va a tirar del gatillo se escuchan fuegos artificiales y el lugar se ilumina de pronto con luces multicolores y fantasmagóricas.

El sicario desvía la mirada y sus ojos se pierden allá lejos, detrás de la ventana. Baja el revólver y dice:

– Lo hacemos mañana. Hoy es Navidad.

ESE NOMBRE

Kike Ferrari

Se pierde, porque cualquier movida que uno haga es mala. Se pierde, no por lo que hizo el contrario, sino por lo que uno está obligado a hacer. R. W.

Ramón elogia mi coraje.

Como buen irlandés, dice.

Es un hombre encorvado y casi calvo, al que le falta un ojo; un viejo. Yo también. Soy, de alguna manera, un profesor de inglés jubilado que vive en San Vicente y se acerca una o dos veces por semana a la plaza del pueblo a jugar o ver jugar al ajedrez.

Un mate, propone. Yo cebo.

Yo sé quién es usted, vuelvo a decir.

Ceba el mate con cuidado mientras me dice, como casualmente, mira tú, che. También dice que tengo suerte, que él no está seguro de saber quién es. No subraya nada, solamente lo deja establecido.

Entre los árboles que rodean la plaza se puede ver el cielo grisáceo, las luces pálidas de este mediodía de otoño. Desde acá es fácil amar, siquiera momentáneamente, a San Vicente. Y es una forma inconcebible de amor lo que nos ha reunido.

Así que me tomo un mate largo.

Ceba bien usted, Ramón, para ser alguien que mezcla el tuteo en su vocabulario, le digo.

Sonríe. Casi no le quedan dientes, pero es su sonrisa, la sonrisa de las fotos de Salas: en el corte voluntario de caña, aquella otra detrás del tabaco. Está más viejo —mucho más viejo que yo aunque haya nacido un año después—, pelado, le falta un ojo, pero no me quedan dudas: es él.

¿Y cómo sabe quién soy?, me pregunta, la bombilla ahora en su boca desdentada.

Usted no se acuerda de mí, digo, pero nos conocimos allá, en la Isla. Pienso que no puede reconocerme: yo también estoy disfrazado de viejo, un viejo profesor de inglés jubilado.

Yo era gente de Segundo, agrego.

Pienso que lo soy todavía, que siempre seré uno de los hombres de Segundo.

Segundo, repite como si bostezase, como si la voz fuera la sombra de una sombra, como si en la sola sonoridad de la palabra estuviese implicada toda la historia: la subida a la sierra, los mates compartidos y las charlas, el regreso y las cintas perdidas y la vuelta. También, después, el triunfo, y entonces yo, los días afiebrados del teletipo y los corresponsales. Hasta el final, sin sombra ni huesos, en algún lugar del monte salteño.

Segundo, decimos los dos o uno de los dos. Toma mate con ira, con tristeza, sin remordimiento.

¿Cómo sabes quién soy, que no me dijiste?, vuelve a preguntar.

Porque tú supones que yo soy uno de los tipos que a veces creo ser, explica, pero mis recuerdos son confu-

sos. Hay también allá, acá, gritos, una celda oscura, preguntas, golpes, una escuela de provincias.

Acá, allá, repite anulando de golpe la distancia, regresando o no partiendo nunca, clavado a esa isla que no es esta plaza, no es el mate largo y espumoso que ceba.

No le digo que podría reconocerlo en cualquier lado, aunque esté avejentado, aunque los años que estuvo guardado vaya uno a saber dónde y que lo convirtieron en este anciano tembloroso con vaya uno a saber qué formas de tortura, lo disimulen bastante. Enumero, en cambio, mis sospechas: el arco sobre las cejas, el nombre, las extrañezas de su acento que es argentino pero también. Vuelve a sonreír: y si no se ofenden las ilustrísimas señoras de Latinoamérica, dice o yo creo que dice.

¿Jugamos?, pregunta después.

Tú conoces más o menos bien este juego, ¿no?, concede.

Pienso que fundé mis sospechas también en su estilo ajedrecístico. Algo me hablaba en su juego. La forma de lanzarse, la disolución de los límites entre ataque y defensa. Recuerdo que recordé: no existen líneas de fuego determinadas, las líneas de fuego son algo más o menos teórico. Y también: tablas contra Filip en el Ministerio de Industria en el 62 y contra Najdorf el mismo año; victoria frente a Ortega en el 61, en 21 movidas. Todo parecía coincidir. ¿O, es mi mente que quiere ver el fantasma de ese nombre recorriendo este Buenos Aires que solo se emociona con las gambetas del pibito que debutó el año pasado en Argentinos y los goles electrizantes de Leopoldo Jacinto Luque?

Más o menos, respondo. Y abro con Cf3.

El juega d5. Pregunta por sus manos: qué creo que hay bajo los guantes, qué creo que le pasó a sus manos.

Yo tengo sospechas, dice, recuerdos que no sé si son tales.

También eso, digo.

e3.

Los movimientos torpes, robóticos, me dan a entender alguna clase de prótesis mecánica. Digo que para justificarse la Agencia tiene que haberle cortado las manos.

La Agencia, me interrumpe, y mueve mecánicamente la mano –el guante de cuero marrón, gastado– hasta el tablero. Juega e6.

Ojalá yo estuviera tan seguro, pero algo se jodió en la relojería, dice, y se golpea dos veces la cabeza.

Sí – d4 –, pero piense: ya estamos a fines de marzo y nunca lo vi sin guantes, Ramón.

Fines de marzo. 25. Pienso que ya pasó un año. Un año. Y casi siete meses desde que Vicky se... Aprieto las tres copias de la Carta en mi bolsillo. Recuerdo a la compañera que tengo que ir a buscar, la cita posiblemente envenenada. Aprieto también el revólver en mi cintura.

Lo que no entiendo es cómo está usted aquí digo.

Puedo imaginarme, pero, agrego.

Sí, sí, le dice más al mate o al tablero que a la mirada del único ojo, perdida de pronto.

Juega Cf6.

No niega nada. También eso entonces. Rainóc tiene una mueca de fierro en la cara nocturna dolorida.

Un Ford verde para en la esquina de la plaza. Los dos lo miramos y en nuestros ojos se debate, la neutralidad y el odio. Juego Ad3. Sabemos pienso, que no es para nosotros, que no puede ser para nosotros, que cuando llegue el Ford que nos está destinado no nos va a dar tiempo por mucho. Pienso en Paco aceptando ir regalado a Mendoza con la pastilla lista, en Juan que no llegue a irse por el río, de nuevo en Vicky — el camión, la Halcón y la risa en la terraza, en su elección —, pienso en el ridículo 22 que tengo en la cintura y que sólo garantiza que, si tiro a tiempo, no me agarren vivo. No digo nada.

Él: g6.

Yo: 0-0

Mira a tu alrededor, dice mientras el único ojo que le queda en la cara se le extravía hacia afuera, ¿tú crees que si soy quien tú imaginas que sirve para algo decirlo ahora, acá?

Mirá, repite. Señala con la quijada el baúl del Ford que se aleja.

¿Y si no es?, me pregunto, ¿Y si no es más que un viejo maltratado, con algunos tornillos flojos, un acento extrañísimo y un vago parecido con ese otro al que no quiero dar por muerto?, ¿y si yo también estoy perdiendo el sentido de realidad?

Parece que me escucha.

Si soy, y te juro que no lo sé, si, dice, ¿no soy más muerto?

Juega Ag7.

Muerto, pienso. Comparo al muerto heroico con este viejo desdentado, tuerto, un poco loco que juega al ajedrez con guantes de cuero marrón. Disipo la comparación agitando la cabeza. Juego b3.

¿El Gigante sabrá?, intento. Se ríe.

Ni tantito así, dice con todo y el gesto.

Hay que escribirlo, entonces. Publicarlo.

Algún día, si soy quien vos supones, y yo también, a veces, en ciertas pesadillas.

Ahora, me exaspero porque sé que mi tiempo se acaba.

La guerra es larga, responde sin apuro. Usted pensaba que había que apurarse. Sí, pero ya ves, 0-0.

Silencio.

Miro al tablero como a un extraño. Recuerdo la hora, la cita, la compañera sola, desesperada, con dos hijos y sin contactos, a Lila que me espera para tomar el tren.

Juego Ab2, pero enseguida me arrepiento y le ofrezco tablas aunque ya no sea mi turno. Acepta.

Hablo sabiendo que voy a irme con todas las preguntas sin hacer: si no volvemos a vernos, le digo, sepa que fue un gusto haber charlado con usted otra vez.

Claro, claro, me responde como si de pronto hubiera dejado de entender mis palabras. Como si ya no tuvieran, para él, sentido o importancia.

Me alejo un paso y otro. Varios metros. Entonces paro en seco y vuelvo. Todavía está frente al tablero, observando cómo quedaron distribuidas las piezas. Cuando me ve volver, juega b6.

Hay que despertarlos, digo, recuerde: no siempre hay que esperar que se den todas las condiciones.

Su nombre, pienso, ese nombre.

No, dice bajando la voz, no alcanza, no sirve; no así.

No sé si habla conmigo o con el juego. Somos dos viejos en una plaza de un pueblito de la provincia de Buenos Aires frente a un tablero de ajedrez. Sólo dos viejos. Dos viejos solos. Siento crecer la desesperación y hago un último intento.

¿Cómo, comandante, cómo?

Levanta el guante de cuero marrón y señala al cielo gris. Yo casi presiento lo que va a decir. Adivino que el movimiento de la mano demarca un espacio de 330 mil kilómetros cuadrados en algún lugar de Asia. Señala, su mano, sonrisas ambiguas, pisadas nocturnas en la selva húmeda, espaldas maternas cargando obuses, una bandera roja flameando sobre Hué bajo una lluvia incesante de napalm; pero también soldados — rubios y negros —, soldados gringos en cualquier caso, volviendo a casa dentro de una bolsa de plástico, bajo una bandera de rayas y estrellas; la derrota mayúscula, las grietas que empiezan a abrirse en el mayor imperio que recuerde la humanidad.

Hay que crear uno, dos, tres, dice.

Muchos.

(Premio del Concurso Internacional de
Relatos Policiacos Semana Negra 2010)

EL VAMPIRO DEL ESPEJO

Julia Rodríguez

Cuentan que hace mucho, mucho tiempo, un vampiro penetró la superficie tranquila de un espejo. Detrás de la osadía se hallaba el deseo oculto de poseer a toda doncella que despertara su apetito de sangre.

El vampiro solía confundirse con el reflejo de sus bellas, hasta el punto en que las víctimas caían en un acto repentino de adoración frente a su propia imagen. Sólo en el último momento, como en trance de póstuma lucidez — instante en que enfebrecidas tendieron los brazos al monstruo —, advertían que el súcubo se hallaba oculto en la visión reflejada. Demasiado tarde. La entidad las había tomado.

Dicen que, furibundos, los esposos, los hermanos, los hijos de las desaparecidas decidieron, aún a riesgo de perder para siempre a las bienamadas, hacer pedazos aquella luna biselada.

Y una noche de silencio pétreo, cuando los aullidos de los lobos hendían los bosques, aquellos hombres se armaron de valor para aniquilar a la abominación.

Las buenas gentes hablan todavía del prodigio. Pues luego que dejó de escucharse el rumor de los golpes de martillo, y los fragmentos estrellados rivalizaron

con el esplendor de la luna, las astillas se cubrieron de sangre, y la noche se imbuyó del llanto y los gemidos de las inocentes, perdidas para la eternidad.

ESCUCHAR A WAGNER

Eduardo Monteverde

En una silla giratoria de carcoma el Escuinle es una sombra agregada. Se mece en el pasillo jaspeado de manchas que escurren del yeso maloliente. El capitán Ifigenio Rodelas, el Escuinle, por perro en el oficio, chaparro, oscuro, gordo, con una pelusa enlamada que le alfombra el cráneo arrugado. Sin más sitio donde estar, corrido de las guardias por sus malos humores y hedores, la galería es su oficina. Tiene un librito en sus manos chatas, desencuadernado y con estrías de sangre. Pasa las hojas con su dedo ensalivado, se carcajea con un rechinado de goznes que reverbera en las paredes y puertas de metal cerradas. El libro se le arrebató a un obrero izquierdoso cuando le esculcó el overol antes de hundirlo en el tambo de agua y mierda. Lo ojeó por fastidio en la rutina de sumergirlo una y otra vez. Son cuentos de un tal Benedetti. Sólo le atrae *Escuchar a Mozart*: a un torturador de carácter débil, sumiso y disciplinado, le entra el remordimiento cuando su hijo le pregunta si su oficio es torturar. El policía estrangula al niño mientras escucha un disco de Mozart. Cuando llega a esta parte el Escuinle se desternilla de risa con tal fuerza que ahoga los gritos de los detenidos tras las puertas.

El Escuinle tiene un hijo al que apodan el Ruco, un chiquillo esmirriado, de cabello fino, abundante y lentes redondos. Adolescente, su anhelo es tocar el oboe en una orquesta sinfónica, pero cuando está triste, lo que le sucede con frecuencia, quisiera tocar el violín en una camerata. Su padre le tiene echado el ojo para hacerlo policía. En balde ha tratado de convertirlo en un hombre desde que su madre huyó a Saltillo donde trabaja de costurera y lava ajeno. Todos los domingos por la mañana el Ruco recuerda aquel día en el que su mamá se lo quiso llevar. El Escuinle estaba de servicio. Se despedían de los vecinos en el patio largo con macetas floreadas, jaulas de canarios, cenizales y calandrias. Un señor de Tuxtepec les regaló unos mangos para el viaje, una doña de Morelón le dio un chal a la señora y un librito de oraciones al niño, otro señor se metió a su casa y le llamó al Escuinle. La mamá de El Ruco guardaba los regalos en una caja de cartón cuando su marido entró a la vecindad con la 45 al aire, los inquilinos corrieron a esconderse tras las puertas a medio cerrar de las viviendas. Se oían rezos murmurados, un acompañamiento a las cachetadas que el capitán le daba a la mujer, y al puñetazo que le fracturó la nariz. Le desgarró el vestido dominguero, abrió la maleta, las cajas, a patadas regó la ropa y en un arriate se sentó a chupar uno de los mangos. El Ruco intervino agitando golpes imaginarios con sus bracitos enclenques. Un manotazo lo envió a un lavadero y ahí, detrás de unas cubetas, vio a su madre levantarse trabajosa, huir hacia la calle, sendos balazos le volaron los tacones. Cómo reía el poli al verla irse caminando como pato; le

entró un ataque de carcajadas que no paró hasta guardar la pistola y chuparse el mango. Se fue a la comisaría sonriendo. Los vecinos ayudaron al Ruco a recoger la ropa que desde entonces está en la maleta bajo su cama. Fue un domingo por la mañana.

Ahora, y en estos domingos que siempre llevan algo de lo mismo, el Escuinle ve el fútbol, toma cerveza, el Ruco hace la comida y se mancha la ropa friendo las tripas de cerdo con las que se deleita su padre. Lo salpican el buche y el cuajar, el bofe y el mondongo. Tiene prohibido ponerse la mariconería de un delantal, y él se imagina de frac en una noche tocando el oboe o el violín dentro de una orquesta en el alcázar a cielo abierto del Castillo de Chapultepec. Se distrae así de la escuela activa en la que se ha educado; la noche en el burdel con una puta pagada a quien le platica en el cuarto si no le gustaría escuchar a Wagner, ambos lloran, su padre ebrio, ventrudo, en calzoncillos orinados y calcetines costrosos y agujereados en el talón, sostenido por las putas, tirándose golpes y jalándolo con una flaca dispuesta a todo que tiene verrugas en el ombligo. Es media noche, las putas lo tumban en un sofá raído, en la madrugada le ponen los pantalones entre burlas, apapachos y la madrota le escurre una cuba tirándole del belfo. Ahí van de regreso, lunes temprano, por las calles del barrio, los compañeros de El Ruco corren a la escuela con el cabello mojado, en la mochila la regla, la libreta y el compás, él sigue en sentido contrario jalando a su padre tambaleante que le tira trompadas sin atinarle, que le grita maricón y putito de congol hasta que se convierte en un fardo de

manteca rancia en la cama de la vecindad. Antes de dormir la mona le advierte con extraña lucidez que el miércoles le tocan prácticas de tiro en el *stand* de la Judicial. Desde niño lo obliga a disparar.

Es noche de domingo, el Ruco regresa con los tacos de trompa y cachete de puerco, quesadillas de seso y tacos de ojo de carnero que le encantan al Escuincle, que, fastidiado de ver la retahíla de estrellas domingueras y el fútbol, apaga el televisor y agarra el librito que le robó al obrero, se solaza con *Escuchar a Mozart*, ríe cual párvulo con timbre de morgue, lee algunos renglones al hijo que trata de concentrarse en un paraje muy alejado de la vecindad, está en Castalia, toca a Mozart en el oboe y lee poemas de Valéry: “Este techo tranquilo y con palomas, late entre pinos, entre tumbas late...”. Cuando deja de reír con el cuento, el Escuincle le incrusta al hijo que el miércoles hay práctica de tiro. La última vez los señuelos eran siluetas de obreros, láminas con una naranja que estallaba luminosa con las balas de los policías. El muchacho cerró los ojos, apuntó al cielo y apretó el gatillo, apuntó al suelo, disparó y el plomo que iba a los pies del obrero dio en la cabeza y reventó la naranja luminosa. Por primera vez en toda su vida, el Escuincle lo acarició, en la nuca, luego en las mejillas.

Sigue la noche de domingo. El Ruco se levanta del sillón luido en la sala desarbolada, pone el quinto concierto para oboe de Albinoni, El Escuincle lo bota, ya se te pasarán estas puterías cuando entres a la policía, se mete a su cuarto descascarado, la Santa Muerte en una repisa, las pistolas en una silla, el tufo de calabozos

que lleva del trabajo a casa, se echa en la cama, falta una pistola en la sobaquera, no se percata, sigue con *Escuchar a Mozart*, El Ruco ha puesto un disco; Papá, ¿quiere escuchar a Wagner?, *Preludio y Muerte de amor de Tristán e Isolda*, se frena la risa abotagada del policía, se endereza, lo detiene el cañón de una 45, vaya, hasta que empieza a ser hombre, hijo, el Ruco cierra los ojos, dispara. El primer tiro da en un cuadro del Señor Secretario, el segundo quiebra en astillas una lamparita en forma de bailarina con peluche, el capitán Ifigenia Rodelas apodado el Escuinle se levanta hecho un pleonasma, un perro, con la quijada caída por la sorpresa, el tercer plomo le entra por la boca, le vuela la campanilla, se pierde en los interiores del cráneo, algo quiere decir aferrándose la garganta con sus dedos cortos, va a la sala, otro tiro le revienta la cabeza como una naranja luminosa, cae sobre el tocadiscos, acaba el *Preludio y Muerte de amor de Tristán e Isolda*.

QUERIDO SUBCOMANDANTE MARCOS

Rodolfo Pérez Valero

¿Quen tica? Ne notoca Adelina Paniagua. Le escribo a usted a San Cristóbal de las Casas, aunque nocham ompa Huixtán, porque nonantzin Inés y notani, Prudencio, sólo hablan mexicano. Pero mi tlahtli Jenaro Paniagua se unió a usted después que mataron a su cihuatl en el mercado de Ocosingo y usted le lee y él le cuenta a nonan, para que sepa que estoy bien, junto a las muchachitas.

Me fui con Ponciano, mi novio conejo, de Tuxtla, porque su hermano mayor, Emeterio, se fue al norte, es Emy y les manda tomin, y su familia come más pero no alcanza para todos. Y porque Wenceslao, el amo del rancho, es viejo amocualli y manoseaba nacayotl, porque soy pechugona, y por eso me siempre usé escotes altos donde guardaba el toman, que ganaba matando yolcame, y el cuchillito envuelto en papel: lo encajaba en el pescuezo, torcía la mano y se desangraban en nada, fuera un cahuayo, axno, pitzotl, cuacue o ichcatl, y la gente creía que iban directo al cielo. Ganaba mi tomin, pero no alcanzaba para alimentar mis catorce hermanos y me fui con Ponciano, su xocoyotl Mariíta y su primo Timoteo.

Ahora tengo sábanas, no sacos sucios, y una cama para mí sola, no como en casa para seis juntos y algunos

hermanos se calentaban de madrugada. Y tengo atl del grifo, fría y caliente, y tlacualli cocinada, y televisión, y las muchachitas me arreglan el pelo y las manos.

Pero pasé momentos malos, Marcos, dígaselo a nonan. Para ahorrar tomin, nos subimos de noche al tren de carga saliendo de Tuxtla, que iba lleño de chapines, catrachos, chochos, ticos y muchos guanacos, hombres y mujeres. Pero en Tecpatán, llegando a la Vera Cruz, judiciales pararon el tren para robar y a los que corrieron les dispararon y mataron a cuatro, entre ellos al primo Timoteo. Yo lloré. Ponciano gritó que éramos mexicanos de Chiapas, y los judiciales nos dijeron que si seguíamos en el tren con los centroamericanos nos iban a matar a todos. Y se llevaron a unas diez catrachas y chapinas por unos matorrales.

Ponciano pagó un camión y atravesamos la Vera Cruz y llegamos a Reynosa. Preguntamos en un hotel por el coyotl que nos habían dicho, el Charro, y nos llevaron a un cuarto donde había como cincuenta tlacali. Y me amigué con una ilamatl de Oaxaca, con una niña de Campeche que viajaba con su tahtli, y con una catracha preñada que iba tras su tenamictli que hacía cuatro meses cruzó al norte. Dos días estuvimos allí, y los mismos migras llevaban gente, a veces mujeres tristes y con la ropa media abierta, como aquella guanaca llorosa.

Y esa noche aparecieron otros dos coyotl, el Negro y Treviño. Y cada uno sacó un grupo y nosotros fuimos con el Charro, que cargaba revólver bajo la camisa y saludaba a los policías. Y salimos de las luces y caminamos por yerba, todo oscuro, sólo la luz de metztli. Y llegamos

a la orilla del río Bravo y como casi no teníamos tomin, obligaron a Ponciano a cargar una mochila que él me dijo que eran drogas. El Charro tenía preparados neumáticos y una sogá que atravesaba el río, crecido que daba horror. Y empezamos a pasar Mariíta y yo y las muchachas, y Ponciano y otros dos con las mochilas que les dio el Charro. La corriente se quería llevar las llantas y nosotras gritando y a agarrarnos de la sogá. Y pasaron unos bultos río abajo y dos chocaron conmigo y eran la guanaca llorosa, pero iba tiesa y con los ojos bien abiertos, y la ilamatl de Oaxaca flotando bocabajo.

Ponciano llegó al otro lado y el Charro le quitó la mochila y mi conejo volvió a buscarnos y nos ayudó a llegar, pero resbaló, y lo arrastró la corriente y se lo tragó. Y lloramos Mariíta y yo, pero el Charro me dio la mochila con drogas, esperó que llegaran las mujeres y los hombres que necesitaba y cortó la sogá y los que cruzaban el río gritaron, nosotros nos fuimos.

El Charro dijo que la migra gringa vigilaba Macalen y todos los pueblos y caminamos por el campo, que de noche bien, pero cuando salió tonatiuh, todo era calor y tierra seca sin árboles. Nos escondíamos de la migra y los Minonmen. Y se fue acabando tlacualli y atl, y vino la sed, el hambre y tonatiuh allá arriba, quemando. La catracha con panza de siete meses no pudo caminar más, y el Charro dijo que ahí se quedaba, junto a nopali, y asomó el revólver bajo la camisa. La dejamos llorando. Y después a un chilanguito que se torció icxítl. Y a los que se enfermaban o cansaban, el Charro los abandonaba, y sin agua, porque no alcanzaba. Y tzopiloti volando. La primera no-

che, el Charro se llevó para unos huixachi a una niña chocha y ella regresó diciendo sabía comandantes de la migra mexicana las tenían de maátime y ellos cobraban, y nos dijeron que allí quedaron de tlacotli muchas catrachitas como ellas. Nos llevaron a un almacén en Kinvil y tres días después a una casona en Houston.

Allí estaba un tipo chingón, el Mero Rey, que parecía tlahtoani o teutle, con cadenas de oro, hablaba por cuatro teléfonos, que nos dijo que llevarnos hasta allí había costado más de dos mil dólares. Y que buscarían a Emy para que pagara por Mariíta, pero mientras ella iba a ir pagando, y esa misma tarde la violaron el Mero Rey, Treviño y el Gabacho Loco. Y a mí me pusieron a trabajar de maátime, junto a las dos catrachitas que habían escapado de Ciudad Hidalgo huyendo de eso mismo, y otras mujeres blancas como huilotl que hablaban un gabacho raro. Con nosotras se acostaban muchos jornaleros. Iban conejos, turulos, culopintos, coletos y hasta guacaleros que hablábamos de Chiapas. Y hombres de otras tierras y hasta algún gabacho. A veces traían otras mujeres y ellas contaban que había muchas casas, y que el Mero Rey y el Charro habían sido judiciales.

Una tica que trató de escapar la molieron a golpes y la desaparecieron. Una de las catrachitas no resistió ser tlacotli y se suicidó. Y Mariíta se enfermó, parece que de nanaua que le pegó un jornalero, y el Mero Rey se la llevó una noche y ya.

En el piso alto de la casa tenían a niños y hasta un piltzintli de sólo cuatro meses mientras sus padres trabajan para pagar su liberación. Allí volví a ver al chapín

Gonzalo con su hijita de tres años. Él fue uno de los que encerraron en el tráiler y no pusieron el aire. Cuatro horas después, cuando el coyotl abrió la puerta en un rancho cerca de Victoria, había diecinueve muertos, entre ellos la esposa de Gonzalo. El coyotl los amenazó con un revólver y Gonzalo tuvo que enterrar allí a su mujer y seguir con su hijita. Y ahora salía a la calle a lo que le mandara el Mero Rey, y así pagaba para liberar a su niña. El pobrecito. Me miraba triste y bonito y enseguida me enamoré de ese chapín. Él quería que nos escapáramos con la niña, pero pronto, porque el Mero Rey y el Gabacho Loco estaban qualanqui, dándole al péyotl, y sacando pistola por cualquier cosa, que todos estábamos asustados.

Aquella tarde Gonzalo me dijo que era ahorita mesmo, que oyó decir al Mero Rey que me iban a desaparecer porque ya me había crecido mucho la panza por el piltzintli que traía y nadie quería acostarse conmigo. Y Gonzalo me dijo que él le avisó a gente que nos iba a ayudar, que estaban afuera y que agarrara ya a su hijita y saliera corriendo de la casa. Y fue a sacar un pañuelo por la ventana. El Gabacho Loco parecía dormido por el péyotl, pero lo vio y sacó la pistola. Gonzalo corrió al piso de arriba con el otro tras él, y se lanzó por el balcón, que vi por la rendija de la ventana que se le rompió una pierna y oí que el Gabacho le disparó y vi cuando las balas le entraron a mi chapín, pero también vi a policías disparar y al Gabacho caer desde arriba, y quedar muertecito. Y los policías caminaron tapados con hierros y se llevaron a Gonzalo, sangrando.

Y tras de mí apareció en la sala el Mero Rey con la pistola en la mano y las mujeres chillaron y se escondieron donde pudieron y él me apuntó y gritó que fuera a buscar al Charro y le dijera que agarrara a la niña de Gonzalo y la trajera, y que yo viniera con el piltzintli de cuatro meses, pero ya. Y como me apuntaba con el arma, corrí adonde me dijo. Y cuando regresé y le conté que el Charro se había escapado por el fondo, casi enloquece. Un policía gritó por un aparato que se entregara, que habían detenido a Treviño y al Negro. Entonces el Mero Rey me pasó un brazo por el cuello, puso su pistola en mi cabeza, abrió la puerta, se asomó apenas y gritó que yo estaba preñada pero él iba a dispararme si no le traían una van para irse conmigo. Y matarme de un tiro, pensé, y perderse en México

Cuando el Mero Rey cerró la puerta para esperar la van, y me soltó, yo puse los ojos en blanco y llevé la mano al escote como cihuatl asustada, y saqué el cuchillito del elpantli y se lo enterré en el quechotli y torcí la mano como yo sabía, y antes que él supiera qué estaba pasando, se le fue la sangre por el huequito, como los yolcame que yo mataba en Huixtán, y cayó al piso y quedó mirando como si fuera a ir al cielo, que no era posible, y ya no podía hacerle daño al piltzintli de cuatro meses ni al que llevo dentro de mí ni a la hijita de Gonzalo, que estaba sola en el cuarto donde dejé al Charro, sobre otro charco de sangre. Y la policía entró y sacó a todas las mujeres y a cada conetl y piltzintli para entregárselos a su nantli y tahtli.

Como sólo sé mexicano, esta carta me la escribieron mis compañeras de cárcel, que estoy aquí porque me acusan de no pedir ayuda para que el Mero Rey se muriera allí mismo. Pero mi abogada mexicana dice que me va a sacar libre porque la gente está horrorizada con los abusos y los golpes que nos daban y porque estoy ayudando a la policía a encontrar las casas, y la droga y las armas, y de todas formas no me pueden juzgar como mujer porque soy menor, y si me encierran un tiempo entonces mi piltzintli nacerá gabacho, y aunque puede ser de Ponciano, de algún coyotl o de cualquier hombre que pagó para tenerme, yo sé que es de Gonzalo, mi chapín, que se cura en el hospital.

Cuéntele todo a tlahtli Jenaro, y también que las muchachitas me preparan una fiesta porque en dos días voy a cumplir quince años de edad. Y que Jenaro se lo cuente a nonan para que se ponga feliz.

Y usted, subcomandante Marcos, tlazohcamati por leer mi carta, cenca tlazohcamati Adelina Paniagua.

*(Premio del Concurso Internacional de
Relatos Policiacos Semana Negra 2006)*

LAS MOSCAS NO HACEN EL AMOR

Rebeca Murga

Cuando lo encontraron ya no pedía auxilio. La ropa hecha jirones. Los ojos cerrados, como si la decisión de no gritar hubiera empezado por ellos. Las marcas en la nuca. Y rojo. Mucho rojo.

La primera impresión del Sargento Cruz fue la duda. Luego se dijo que también él podía, en contadas ocasiones, añorar la rutina de su buró. Era un policía más de tantos que se graduaban como emergentes: paso al frente y honor inmenso. Después vino el miedo.

El miedo que acompañó siempre al niño Cruz. Al soldado Cruz. Al Sargento Cruz. Bocabajo, en el suelo, estaba el cadáver del niño. Desnudo. La sangre contenida en coágulos sobre los muslos. Las manos recogidas bajo la barbilla. Las manos que ya son historia: un pedazo de la historia convertido en material de archivo.

Éste debía ser el año del Sargento Cruz. El momento para demostrar a la Academia su carácter y combatividad. ¿Y todavía dudaba?

Había pasado los tres años del Servicio Militar Obligatorio. Imposible olvidarlo. Él, un hombre de siete pesos, que para vaciar sus instintos debía acudir a las negras de la periferia, calentonas y cochinas.

Eran madrugadas de marchas, hambre, mosquitos y nostalgias. Meses de cargar en su bolsillo el destino de los siete pesos de salario. Sin embargo, aún no era confiable para la Academia.

Pero estaba Leonardo, tan macho para las mujeres y con su fama de volverlas locas.

Y él sabía que era cierto. Se arrimaban como ratas en el vertedero, las muy putas detrás de Leonardo y ninguna para él, joven ejemplar que aprendió a tocar la guitarra al servicio de su patria.

—Soldado Cruz, usted es el más indicado para la tarea. Ya sonaban en el albergue los primeros acordes.

—Se trata de la honrosa misión de llevar la cultura a todos los rincones del país. Ya lo montaban en un camión, de campamento en campamento, por llanos y montañas. Pero las mujeres eran para Leonardo.

—Vigílelo esta noche, Capitán, verá cómo salta por la ventana del tercer cubículo —y la voz y el culo de gallina mientras el jefe le daba la espalda.

—¡Maricón! —sería la ofensa de Leonardo horas más tarde.

Y Leonardo para Angola, a cumplir con la patria. Con una única misión: cubrirse el pellejo en la Academia de la calle.

Y, tras el chivatazo del Sargento Cruz, la gloria. Mujeres, medallas, las calles limpias. Una vida mejor gracias al esfuerzo de quien no aspiraba a más grado que su causa: la de los pobres de la tierra con los que echaría su suerte hasta eliminar toda la mierda en su ciudad, en su país y donde la patria lo necesitara. Eso

había aprendido en la Academia. Para él no podía haber más ley.

Ahora, después de un año de teorías, la práctica se le venía encima como un tiro de gracia.

Ahí estaba el niño. Se suponía que esto fuera para él lo cotidiano, el mejor de los mundos posibles y no esa quimera donde somos tierra de nadie. Un mundo que ahora le tocaría poner de nuevo en su lugar. Pero, ¿hasta cuándo? Apenas comienza la excelente carrera que auguraran sus maestros y ya está cansado.

Sintió el calor. La fatiga cubriendo su cabeza y los oídos a punto de estallar como dos bombas. Estaba decidido: guardaba los bueyes, dormía su siesta y luego a vivir.

“Me voy pal pueblo, hoy es mi día”, decía su viejo radio soviético en la soledad de las noches del campo.

Más tarde, su sombrero y el trillo serían un solo capítulo en la historia. Ya en el bar quiso mirarlo todo. Las paredes mohosas, las moscas empeñadas en hacer el amor sobre las mesas y la mujer del trapo viejo recostada a la barra sin un mínimo de esfuerzos por la limpieza, contrastaron con los recuerdos de antaño. Y la gente. Antes había menos a esa hora en que el trabajo debía ser lo principal, porque un hombre tiene que mantener a su familia en lugar de andar perdido por bares de mala muerte. Hombres que, tal vez como él, detuvieron sus maromas en el tiempo para darse el lujo de seguir viviendo.

Nadie ve, nadie escucha las pisadas del hombre, nadie percibe el olor a guardado de su guayabera.

Nadie se acuerda del hombre que quiso amar a la mujer de todos. La de los muslos peludos y ese cerquillo que se hacía, muy parejo, hasta el mismísimo nacimiento de las nalgas, que se imaginaban pecosas como en un sueño. La que se fue, con su manita blanca diciendo adiós y otras tantas cosas.

Él también se fue. Pero a aprender de sus bueyes.

Un trago doble y luego otros completaron el precio de una botella. Ya no le importó el flujo de la gente que vaciaba sus escombros cotidianos sobre las mesas. Los había escuchado hablar y en cada historia estaba el corazón de una mujer que podría ser la misma por hermosa y traicionera. Para ellos sólo el bar era capaz de ahogar las penas.

Y en el bar quedaban, muertas, las penas; en forma de una sombra blanca que la mujer del trapo sucio fingía enjuagar. Al remover el agua estancada de la palangana, el olor a cloro envolvía el ambiente y las moscas huían, para acabar posándose sobre otra mesa y otras piernas que esperaban con impaciencia la atención de la mujer. Estaba mareado. El placer del alcohol podía borrarlo todo, mucho más si aquella gente iba, como él, con el mejor deseo de creer en la libertad de sus pecados por unas cuantas horas.

Estaba mareado. Borracho, no. En el fondo de la botella el líquido se alzaba como una deuda pendiente que su hombría no podía discriminar. Lo tomó en un trago que le supo a agua caliente y creyó ver en la mirada de la mujer el silencio cómplice de la culpa. Adulterar el ron no sólo era su negocio, era la forma más cruel de hallar venganza.

Se levantó. Nadie escuchó las pisadas del hombre. Nadie percibió el olor a guardado de su guayabera.

La mujer del trapo sucio daba vueltas al dial en un radio soviético que apenas se escuchaba. “Si me comprendieras...” Antes la victrola era como la vida. “Qué feliz sería...” Ya nada es como antes.

Salió del bar con el sombrero entre las manos. Mareado. Borracho, no. Con el único deseo de poseer a una mujer.

Entonces lo vio.

Me dijo nene hazme un favor.

Y le diría ven.

En el fondo del pasillo estaba el otro. Esperándome.

Tú vas a ver lo que es gozar.

¡Ay, no!

Cállate la boca o nos descubren.

Del bofetón me eché a llorar.

Bájate los pantalones.

No me los quiten, no.

Si no te va a doler. Tú vas a ver qué rico.

¡No!

Tócamela.

De nuevo el bofetón.

¡Rico! ¡Rico!

Y me lo puso en la boca.

Ahora vírate.

Qué ricura, nene.

Así, carnita fresca.

El otro se le puso atrás.

Muévete.

Y se la mete.

Ay, si te la tengo adentro.

Sí, dale para que vea qué rico es por detrás.

Si lo tienes calentico.

Y a mí también me dan.

Cógela.

Y el otro dice que ya para siempre seré un maricón.
Y luego, ante mí, aquello que parecía obra de otro. El silencio.

¿Miedo? El Sargento Cruz quita sus ojos del cuerpo del niño, de las nalgas que ahora son dos mogotes vencidos. Rojo. Todo rojo en la mirada del policía.

El rojo es el calor que hace sudar hasta la muerte al soldado que un día sería el Sargento Cruz, aprendiendo a tocar la guitarra de campamento en campamento.

Y ahora que me alejo... para el deber cumplir...

Cantaba Leonardo a su novia el día de la boda.

El rojo en las mejillas del niño que con los años sería el Sargento Cruz, cuando los otros le gritaban al pasar:

Estaba la pájara pinta... posada en su verde limón...
Estaba la pájara pinta...

Ay, ay...

Mientras, el hombre se aferraba a las manos del pequeño.

Ni siquiera se defendió cuando sintió el ruido de las esposas. Estaba mareado.

Borracho, no.

POR AMOR A LA SEÑORITA BLANDISH

Ramón Díaz Eterovic

Como en la canción de Serrat, poco antes de que dieran las diez el hombre entró a la oficina de Bonifacio Espejo. Era una mañana limpia que anunciaba el inicio de un día caluroso, bueno para lagartijas y ancianos de huesos secos, pero no para Espejo que nunca se despojaba de su impermeable pringoso y que odiaba esos días, tanto como a las moscas y los tragos dulces.

Espejo observó al visitante y le llamó la atención que no fuera el tipo habitual de cliente que llegaba a contratar sus servicios. Se sintió invadido y pensó que hasta era posible que el extraño se hubiese equivocado de piso. Aquél era un hombre pulcro, diferente a las ancianas que llegaban a pedirle que encontrara a sus gatitos regalones, o de los bancarios que lo contrataban para conocer los pasos secretos de sus mujeres. Inquieto, se acomodó en su sillón al tiempo que arreglaba el nudo de su corbata color caca de guagua, como le decían las putas de San Martín cada vez que él llegaba a los burdeles pretextando andar detrás de un raterillo de poco vuelo.

—¿El detective Espejo?— preguntó el extraño luego de acercarse al escritorio metálico que ocupaba gran parte de la habitación y de evaluar el aspecto de Bonifacio. Su

rostro sin afeitar, sus dedos amarillos y regordetes, y sobre todo, la flojera que se le acumulaba en los párpados.

— Bonifacio Espejo — confirmó el detective.

— Pensé que sería de otra forma — dijo el hombre, sin precisar si se refería al aspecto de Espejo o al de la oficina.

— Explíquese, no tengo mucho tiempo — mintió Espejo, confundido con la apreciación del visitante.

Más tarde, Bonifacio se enteró que el hombre se refería a su patrona, una ricachona poco dada a gastar en cosas tan inusuales como un detective privado. Espejo, “Bazofia” para sus amigos desde los tiempos del liceo, sabía que en la ciudad existían tres o cuatro agencias de investigadores de buen nivel. Tipos altos y rubios, lindas secretarias y muchos aparatos electrónicos. Pero, todo eso costaba su peso en oro, y para quien no podía, o no deseaba pagar ese precio no había otra alternativa que Espejo, el detective de Frandín y San Diego. Sucio, flojo y algunas veces eficiente.

— ¿Quiere explicarse? — suplicó más que preguntó Espejo.

El hombre pulcro siguió sin darse por aludido. Examinó una imagen de Santa Teresita de los Andes colgada junto a la puerta, y siempre tieso y resuelto salió de la oficina.

Hoy es el día libre de los locos, pensó “Bazofia” mientras trataba de sacar con un fósforo un pedazo de carne que se le había incrustado entre dos muelas a la hora del desayuno. Cinco minutos después el misterioso visitante regresó acompañado de una gorda recubierta

de pieles y cremas. Colocó una silla frente al escritorio del detective, y luego de limpiarla con un pañuelo se la ofreció a la mujer.

— La señora de Arizmendi — dijo el hombre.

“Bazofia” se sintió abofeteado por el perfume de la gorda e intentó sin éxito abrocharse el cuello de su camisa. En los últimos meses había subido de peso y las camisas le comprimían la piel de una forma malintencionada. Su esposa lo obligaba a seguir dietas que cumplía pacientemente en su casa, pero que apenas se apartaba unas cuerdas de ella dejaba de lado, atacado por repentinos deseos de comer chocolates, calugas o berlinés. Postulaba ser un gordo feliz, pero no lo era. Cada mañana se comprimía los rollos que asediaban su estómago y vanamente intentaba tocarse las puntas de los pies.

— Necesito que investigue a una persona — dijo la mujer. Su voz era fuerte y seca. Voz acostumbrada a mandar y ser obedecida. A “Bazofia” le recordó los graznidos de su profesora de matemáticas en el liceo. La había odiado tanto que, aún después de veinte años, seguía sintiendo deseos de estrangularla. Por eso, o porque la mujer olisqueaba, no le resultó simpática.

— Se trata del marido de la señora — intervino el hombre pulcro. Las palabras le brotaron con dificultad, como si la sola mención del esposo le provocara una arcada irreprimible.

— El típico engaño — comentó Espejo, feliz de conocer un punto débil en la mujerona y su acompañante.

— Existen fundamentos para creer que el esposo de la señora mantiene relaciones ilícitas con otra persona — agregó el secretario.

Durante sus primeros años de trabajo, “Bazofia” se había negado a recibir casos de adulterio. Seguir las huellas de tipos calientes y olisquear calzoncillos le parecían actividades reñidas con el molde de investigador que había decidido adoptar luego de pasearse por los libros de Ian Fleming y Raymond Chandler. Pero, como aquello no era una ley, y los casos importantes ni siquiera rozaron la puerta de su oficina, reconoció que los principios eran una cosa y la necesidad de parar la olla, otra. Hizo de tripas corazón y en poco tiempo se convirtió en experto en moteles y citas clandestinas. La ética no pagaba ni un puto bocadillo, y estaba bien que se quedara aprisionada en los textos de leguleyos ociosos.

— Diez mil por día más los gastos — dijo Espejo, y pensó que de inmediato vendría el habitual regateo y si conseguía la mitad de lo pedido habría hecho un gran negocio.

— Conforme — dijo el hombre pulcro, y “Bazofia” no pudo evitar que se le escurriera un hilillo de baba por las comisuras de los labios.

— ¿Será discreto? — preguntó la mujer.

— Como una piedra.

— ¿Y rápido?

— Como el rayo que partió la manzana de Arquímedes.

Lo primero que hizo “Bazofia” con el dinero que dejó la pareja fue comprarse un cucurucho de papas fritas. Saboreó con satisfacción las papitas impregnadas en aceite, y mientras se limpiaba los dedos en el forro de su impermeable trató de imaginarse la clase de sujeto que

sería ese tal Francisco Arizmendi a quién debía seguir, y si era preciso, delatar. Leyó dos veces la dirección escrita en la tarjeta que le diera la mujer, y se dispuso a viajar hacia Providencia.

Seguir a un tipo siempre le resultaba tedioso. Más aún si para hacerlo debía abandonar las veredas conocidas de su barrio. Muchas veces debía permanecer sentado largas horas frente a un edificio, o ver cómo el investigado se banqueteara en un restaurante, y finalmente, si andaba con suerte, seguirlo hasta un hotel y esperar las tres horas de rigor antes de tomar unas fotos que retrataran la infidelidad.

Una mierda, pensó mientras salía del Metro, y sus ojos quedaban prendidos en la vidriera de una heladería. Luego de luchar inútilmente contra la tentación, siguió su camino con un cono de helado entre las manos, aspirando a pulmón lleno el olor a vida distinta que se deslizaba por las calles.

Burguesitas, masculló al entrar en el edificio donde se hallaba la oficina de Arizmendi, y tropezar con un par de muchachas primorosas y perfumadas. Se sonrió al comprobar que su resentimiento continuaba intacto y su autoproclamada calidad de buitre entre palomas, blandida como un estilete, seguía siendo su mejor arma.

Apenas entró a la antesala del despacho de Arizmendi, una secretaria seca y nervuda lo inmovilizó con un grito, mitad reto y mitad desprecio.

—Vengo por el aporte del señor Arizmendi a la Caridad de la Virgen del Sagrado Socorro— dijo de corrido, mientras examinaba el escritorio ocupado por la mujer.

— ¿Qué cosa? — preguntó la secretaria con su mejor cara de lechuza encandilada.

— El Sagrado Socorro — repitió Bonifacio.

— No estoy enterada de esa donación — contestó la mujer con el mismo asco que si hubiese estado mascando moscas.

Espejo pensó que era imprescindible sacar a la mujer de la oficina y mirar el contenido de una agenda que estaba junto al fono.

— ¿Tal vez en un archivo? — insistió, y cuando la secretaria le dio la espalda para revisar un kárdex, sacó un cortapluma de su impermeable y de un tajo, silencioso y diestro, cortó el cordón del citófono.

— Nada — dijo la mujer.

— ¿Por qué no le consulta al señor Arizmendi? — preguntó inocentemente el detective.

La secretaria probó comunicarse por el citófono y no tuvo suerte. Molesta, se puso de pie y se encaminó hacia la oficina de su jefe. Espejo no perdió su tiempo. Sus dedos regordetes cogieron la agenda. Reuniones de sol a sol, comidas con empresarios, inversiones en la Bolsa, tenis y unas citas en la Empresa Moltedo que se repetían invariablemente tres veces por semana y a un horario poco común. Los ojitos le brillaron y antes de que contara hasta diez sus pasos se dirigían a ganar el ascensor que lo devolvió al ajeteo de la calle y a un deseo repentino de comer una galleta achocolatada. Reprimió la gula y con aparente despreocupación se acercó al estacionamiento de autos que existía en los bajos del edificio.

— Bonitos autos — le comentó al cuidador.

—Bonitos— contestó el otro. Un muchacho de aspecto pesado y sucio que parecía buscar cada palabra dentro de un pozo muy profundo.

—El del señor Arizmendi es uno de los mejores— agregó Espejo.

—Sí, de los mejores— afirmó el muchacho mientras indicaba un Mazda verde estacionado a pocos metros de donde se encontraban.

Acababan de dar las dos de la tarde y el sol caía a plomo. Un hombre moreno, alto y delgado se acercó con paso seguro y se introdujo al Mazda. Cuarentón, pensó Espejo y se le vino a la memoria la imagen de su abultada denta. Arizmendi y su esposa eran la pareja imperfecta del año, y una infidelidad entre ellos eran tan fácil de imaginar como decir que después del día viene la noche. Satisfecho por lo averiguado, Bonifacio se encaminó de regreso a su oficina, y durante media hora estudió la guía telefónica buscando la dirección de la Empresa Molledo. No existía nada con ese nombre. Espejo sintió en su sobaco derecho ese cosquilleo inexplicable que le daba cada vez que conseguía establecer una pista correcta. Silbó la melodía de “Dos Almas” y abrigándose con su impermeable de un frío imaginario se quedó dormido.

A las siete de la tarde del día siguiente, Bonifacio se encontraba vigilando el auto de Arizmendi. Saludó al cuidador, le robó un cigarrillo y luego le presentó a Sorrel, un taxista a quién había contratado para seguir adelante con su investigación.

—Raro tu trabajo, Bonifacio— le comentó el taxista mientras aguardabas la salida del empresario.

– ¿Qué tiene de raro?

– Eso de espiar a la gente no me parece bueno.

– No, no es nada bueno – contestó Espejo, atacando con su mano derecha una comezón entre las piernas que lo estaba enloqueciendo.

– ¿Y por qué lo haces?

– ¿Qué? ¿Rascarme o investigar?

– Investigar.

– ¿Estás de filósofo, Sorrel? Supongo que es porque canto mal.

– Creo que estás un poco chalado – dijo el taxista.

Cuando Arizmendi llegó al estacionamiento, Espejo dio un codazo a su compañero y éste se puso a la siga del Mazda a través de avenidas atestadas de autos. En media hora llegaron a un edificio de departamentos. Espejo se sobó las manos y se entregó con satisfacción a la tarea de hurgar sus narices con un dedo.

– Con otra facha e influencias me nombran presidente – comentó, y el taxista dudó entre frenar de golpe o cagarse de la risa en la misma cara del detective. Hizo lo segundo, y Espejo creyó que su amigo celebraba el chiste.

– Ya te puedes ir – dijo Bonifacio a Sorrel, cuando el empresario se bajó del Mazda. Enseguida, y antes que el taxista pusiera en marcha su vehículo, tuvo que correr para igualar los pasos de Arizmendi y conseguir entrar en el ascensor. El empresario lo miró de reojo sin que nada de la figura del detective lo hiciera sospechar. Cuando el elevador se detuvo, Espejo le dio la pasada y simulando buscar un papel en su impermeable, ganó

la distancia adecuada para seguirlo sin despertar curiosidad. Arizmendi sacó unas llaves de su chaqueta e introdujo una de ellas en la puerta del departamento 1010. “Bazofia”, feliz y gordo como un gato, lo vio abrir la puerta y desaparecer. Al salir del edificio descubrió a un costado de la entrada principal una placa con el nombre “Edificio Moltedo”. Volvió sobre sus pasos y dio un vistazo a los casilleros postales ubicados junto a la escalera de emergencia. El departamento 1010 correspondía a una señorita de apellido Blandish. Tiro y fama, se dijo, y luego se perdió por las calles del barrio jugando a contar los pasos que cabían en cada cuadra.

A primera hora del día siguiente llamó a Sorrel, y camino al departamento de la señorita Blandish adquirió un ramo de flores.

— ¿De aniversario con la vieja? — le preguntó Sorrel al verlo subir al taxi con las flores.

— ¿Una minita? — insistió el taxista viendo que Espejo guardaba silencio.

Bonifacio infló sus mofletes, y mudo una vez más, inundó el vehículo con una sonora carcajada.

“Bazofia” había visto muchas mujeres hermosas en su vida, en el eme, en los carteles de publicidad, y sobre todo en las revistas pornográficas que le compraba al Gordo Meneses en la Plaza Almagro. También era capaz de diferenciar un culo grande de otro plano, pero jamás había estado tan cerca de una mujer hermosa como esa mañana cuando golpeó la puerta del departamento de la señorita Blandish. Al verla pensó en Ava Gardner, Virna Lisi, y en la Coté, una puta de San Bernardo con la cual había hecho el amor por primera vez.

—¿La señorita Blandish?— pregunté balbuceante.

La morena de ojos negros dijo que sí, con una sonrisa que se expandió por los pasillos, tomó el ascensor, salió a la calle y caracoleó entre los transeúntes como una ola.

—Flores para usted— agregó Espejo, empequeñecido hasta la estupidez, y tardó más de la cuenta en reconocer que la mujer había cerrado la puerta y entre sus manos sólo tenía un par de monedas.

De regreso a su oficina, “Bazofia” ya no era el mismo de todos los días. Le pareció más grande su escritorio, el polvo menos gris, y estuvo largos minutos frente al espejo del baño ejercitando la mejor manera de esconder su abultado vientre. Por la tarde la realidad lo llamó por teléfono. Tenía la voz del hombre pulcro inquiriendo un informe de la investigación. Espejo no quiso decirle nada acerca del departamento ni de la belleza de la señorita Blandish. Su estilo de trabajo le imponía reservar los detalles para el informe final, y desplegarlos en un largo discurso. Gozaba con la impaciencia de sus clientes y con la atención que colocaban a cada una de sus palabras. Se despidió del hombre pulcro con vagas promesas de éxito y al querer regresar a sus ejercicios de vientre, la idea de cumplir con su trabajo lo golpeó en la cabeza igual que un martillo. Se comunicó con la señorita Blandish y le dijo que era el nuevo secretario de Arizmendi y tenía el encargo de invitarla a cenar al “Danubio Azul”. Enseguida llamó al empresario y le contó la historia a la inversa. Lo demás fue sencillo. A la hora convenida los amantes se encontraron en el lugar

de la cita, y luego de la sorpresa se sentaron a beber un aperitivo. Espejo, que aguardaba en un rincón apartado del restaurante sin otra compañía que un gran vaso de Manhattan, irrumpió entre las mesas y al momento en que los amantes se besaban disparó su Polaroid con certeza. Luego se escurrió como una sombra, eludiendo a los mozos que el empresario lanzó en su captura.

Poco antes que dieran las diez de la mañana, el hombre pulcro y su patrona entraron a la oficina de Espejo. “Bazofia” había pasado la noche luchando con su conciencia. La imagen de la señorita Blandish se contraponía a cada instante con el mal recuerdo de sus clientes. Al final, los había llamado por teléfono decidido a enfrentarlos y romper la burbuja que envolvía su obeso corazón.

— He terminado mi trabajo — dijo en voz baja.

— Ya era hora, hombrecito — exclamó la mujer, golpeando con sus palabras el bajo vientre del detective.

— ¿Y bien? — apuró el hombre pulcro.

Espejo jugueteó un momento con el sobre que tenía en sus manos, y en el cual estaba la foto y la ruina de la señorita Blandish.

— No hay nada — dijo, disfrutando las muecas desencantadas de la pareja, y sin importarle el lugar común de sus palabras, agregó: su marido es inocente como una blanca paloma.

Más tarde, cuando la pareja se hubo marchado, “Bazofia” contempló por última vez la fotografía. Volvió a ponerla dentro del sobre, hizo una bola y por primera vez en muchos años logró clavarla limpiamente en el pa-

pelero. Después sacó de su escritorio un ajado ejemplar de las "Cartas" de Raymond Chandler y leyó donde decía: "todos los tipos duros son irremisiblemente tiernos de corazón". Se acurrucó dentro de su impermeable, y buscando soñar con la señorita Blandish se durmió hasta el otro día.

LEONES

Bernardo Fernández (BEF)

Ahora huimos, nos escondemos en la oscuridad, nos alejamos de la luz del día. Pero no siempre fue así. Hubo un tiempo en que ellos fueron nuestra plaga.

Los primeros leones aparecieron en los parques públicos. Siempre se refugiaban bajo la sombra nocturna, escondiéndose donde los árboles espesaban y los pastos crecían lo suficiente como para ocultarlos.

Huían de nosotros, intuían que éramos los responsables de que su hábitat hubiese desaparecido, que fuimos quienes los llevamos a un cautiverio que pronto excedió su capacidad para albergarlos.

En un principio nos llamó la atención la súbita disminución de perros callejeros en la ciudad. Pasado un tiempo, comenzaron a aparecer sus huesos roídos esparcidos cerca de los jardines públicos. Como siempre, no les pusimos atención hasta que fue tarde.

Si hubieran sido una especie en peligro de extinción como los gorilas, el oso panda o los manatíes seguramente nuestros parques se habrían peleado por tener ejemplares en sus jaulas. Pero había sobrepoblación de leones.

Así que empezaron a lanzarlos a la calle.

El proceso fue así: a todos los zoológicos de la ciudad les llegó una orden de *muy arriba* ordenando la eliminación de los leones excedentes con el argumento de lo caro que es mantener demasiados ejemplares de una especie tan conocida y de nulo interés para los visitantes.

Allá fueron docenas de felinos sacrificados con el propósito de mantener los presupuestos dentro de los límites de lo razonable.

La medida fue abandonada al poco tiempo ante la dificultad de eliminar un predador de tales dimensiones; los costos de semejante operación daban al traste con las intenciones de ahorro originales, sin considerar las protestas del departamento de limpia, cuyos trabajadores se negaban a disponer de los cuerpos felinos, ni el rechazo de los pepenadores ante el mal sabor de la carne de león.

Pero las órdenes se acatan, no se discuten.

Así fue como los primeros leones acabaron de garritas en la calle, eliminados clandestinamente en mitad de la noche, cerca de los parques públicos donde pudieran al menos depositar sus heces sin que se notara demasiado.

Es imposible saber con precisión cuántos ejemplares fueron abandonados a su suerte de esta manera. Los archivos que contenían las cifras oficiales fueron destruidos cuando estalló el escándalo político. Pero los cálculos más conservadores suponen que no debieron ser tantos como los medios amarillistas han querido hacernos creer.

El problema real es la altísima tasa de natalidad de los leones. Un macho adulto es capaz de copular hasta cien veces en un solo día.

Cien cópulas con cien eyaculaciones incluidas.

Más de una estaba destinada a tener éxito. Eso, sin pensar en la ausencia de depredadores naturales.

Aunque ignoramos en qué parques fueron liberados los primeros, ahora sabemos que por las noches emigraban a cuanta zona verde encontraban, ocupando poco a poco todas las disponibles.

No descubrimos a nuestros nuevos vecinos hasta mucho tiempo después. Corredores matutinos, ancianos desocupados, niños, parejas de novios y vendedores de drogas que poblaban a toda hora los jardines públicos eran observados por atentos ojos ambarinos, cuyos dueños se ocultaban entre las sombras ofrecidas por los árboles.

Los felinos modificaron sus costumbres, volviéndose seres nocturnos. Perros y ratas fueron el componente principal de su nueva dieta. Alimento que, aunque modesto, jamás escaseó.

De no haber sido quizá por sus vistosas deposiciones, nadie habría notado nada raro.

Hasta el célebre accidente de los amantes.

Una pareja anónima de novios se internó en uno de los parques más grandes de la ciudad, buscaban entre los árboles una intimidad más barata que la de los hoteles de paso.

Se dice que, entregados a sus amores, no descubrieron a tiempo a un policía que se acercaba silencioso hasta ellos con la intención de sorprenderlos. El representante de la ley lo hubiera logrado de no haber sido por una leona hembra de cuatrocientos kilos que, salida

de entre las sombras, se abalanzó sobre él sin darle tiempo de soplar su silbato.

Aterrorizados, los novios huyeron de ahí semidesnudos.

Al día siguiente, los restos del policía y la ropa de los amantes fueron encontrados en medio de un gran charco hemático.

Los peritos de la policía aparecieron en el lugar del crimen y determinaron sin dudar que se trataba de un accidente laboral común.

A los dos días, en otro parque, un borracho amaneció despedazado. Y al día siguiente un jubilado del servicio postal fue mutilado: perdió sus piernas mientras dormía una siestecilla.

Fue el principio de los ataques. Con seguridad las autoridades habrían hecho algo de no haber sido porque al cuarto día se hallaron los restos mordisqueados de un cadáver cuyas huellas digitales (las que quedaban) coincidían con las de un famoso asesino múltiple. Esta vez los muchachos de la policía determinaron suicidio y le achacaron las muertes anteriores. Después se dio carpetazo al asunto.

Y entonces, acaso envalentonados por la indiferencia oficial, los leones salieron de sus refugios a pasear cínicamente sus melenas por nuestras calles.

Sin hambre, son tan mansos como un gatito. Pero comen todo el día, por lo que era imposible saber en qué momento arrancarían de un mordisco el brazo de un vendedor de globos o se tragarían a un niño.

Eso sin hablar de sus heces.

Intentamos quejarnos, organizamos comités vecinales que exigían la inmediata eliminación de los felinos. Pero sólo hallamos oídos sordos en las autoridades, quienes consideraron que la solución más práctica — y económica — era evitar los parques públicos y cruzar la calle si se veía venir de frente un león.

Los medios ventilaron la noticia mientras tuvo interés, pero llegó el mundial de fútbol y los más bien magros triunfos de la selección nacional mandaron a los leones al silencio mediático.

Y hubieran permanecido olvidados de no haber sido porque, durante los festejos tumultuarios provocados por un empate ante la selección de Bolivia, una horda de leones atacó a los festejantes en el Ángel de la Independencia.

No se hicieron esperar las declaraciones del gobierno y de la oposición, ni los debates televisivos y los editoriales en los periódicos.

Mientras tanto, los leones seguían ampliando su nuevo hábitat. Pronto empezaron a mudarse a los camellos de mayor tamaño.

Cruzar la calle se convirtió en una hazaña peligrosa.

Los asesores del jefe de gobierno de la ciudad, más preocupados en colocar a su jefe entre los candidatos presidenciales que en dar una solución de fondo al problema, optaron por un arreglo inmediato de corto alcance y declararon a la ciudad entera reserva ecológica dedicada a la preservación de los leones, con la doble intención de calmar a la población y de añadir un atractivo turístico a la metrópoli.

Para entonces los felinos habían decidido ocupar cuanta área verde encontraron; en poco tiempo casas particulares, escuelas, instalaciones deportivas y panteones fueron invadidos por el nuevo patrimonio de la ciudad.

Uno podía despertar por la mañana y descubrir que a su jardín, fuera del tamaño que fuera, se había mudado una familia de leones buscando el desayuno. Normalmente los habitantes de las casas terminaban siendo devorados.

Huesos más grandes que los de perros y ratas empezaron a ensuciar las calles, muchos con jirones de carne aún pegados. En poco tiempo enjambres, de moscas panteoneras se volvieron parte del paisaje urbano.

Empezaron a correr rumores: que si atacaban en manadas, que si eran inteligentes, que si se estaban adueñando de la ciudad, que si no había manera de controlarlos. Las autoridades desmintieron todos, llamaron alarmistas a los medios y pidieron a la opinión pública tolerancia hacia sus nuevos vecinos.

Hasta que un día apareció el cadáver de un niño.

Amaneció, como si nada, en el centro del Zócalo, a los pies del astabandera. Esta vez, el gobierno de la ciudad no pudo desmentir nada porque las cámaras de los noticieros llegaron antes. Era una provocación oficial.

Sentimos miedo.

Los asesores del jefe de gobierno decidieron que si quería tener oportunidades de reposar el trasero en la silla presidencial, tendría que declarar una guerra sin tregua a los leones. Y así lo hizo.

Pero ya era tarde. No hubo programa emergente con que pudiera enfrentarse la plaga. Bomberos, policía y ejército poco lograron contra los miles de felinos que vivían en las calles.

Un día un león llegó hasta el centro del Zócalo y escupió con desprecio los restos de una cabeza. El cráneo resultó pertenecer al gobernador de la ciudad. Lo habían atacado en manada durante un acto oficial en la Alameda Central. Los leones habían tenido el cuidado de dejarla apenas reconocible. Sólo lo suficiente.

Después el león rugió, como proclamando su triunfo.

No necesitaba hacerlo, para entonces ya eran los dueños de las calles, de los parques, de los jardines, de todo.

Cada día son más y nosotros menos. Hemos tenido que refugiarnos en las sombras, mientras ellos duermen, ahora que han regresado al horario diurno. Nos escondemos en las sombras, buscamos robar algo de sus desperdicios para comer.

A veces los leones organizan cacerías en grupo para eliminarnos. Su olfato los guía hasta nuestros refugios. A veces logramos burlarlos, pero no siempre.

Pero donde cazan un hombre, aparece otro. Una vez que atrapan a éste aparece otro más.

Hemos decidido recuperar nuestra ciudad, aunque sea de esta manera.

Ahora nosotros somos su plaga.

ÍNDICE

CON TINTA SANGRE

Juan Sasturain..... 11

SI DE CASUALIDAD VES AL ENANO...

Paco Ignacio Taibo II 25

YA TODO ESTÁ EN CALMA

Sergio Ramírez 33

DISLES QUE NO ME MATEN

Lorenzo Lunar Cardedo 43

LA VIDA REAL

Eduardo Antonio Parra 53

CUENTO DE NAVIDAD

Mario Mendoza 73

ESE NOMBRE

Kike Ferrari 75

EL VAMPIRO DEL ESPEJO

Julia Rodríguez 83

ESCUCHAR A WAGNER

Eduardo Monteverde 85

QUERIDO SUBCOMANDANTE MARCOS

Rodolfo Pérez Valero 91

LAS MOSCAS NO HACEN EL AMOR

Rebeca Murga 99

POR AMOR A LA SEÑORITA BLANDISH

Ramón Díaz Eterovic 105

LEONES

Bernardo Fernández (BEF) 117

**Este libro se imprimió en la Ciudad de México en
el mes de diciembre del año 2016**

**Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.**